



DJI

Documentos de Jóvenes Investigadores

Nº 46

noviembre 2019


HACIA UNA ÉTICA ACADÉMICA ANTI-UTILITARISTA

Eugenia Fraga



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI

Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires





INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Instituto de Investigaciones Gino Germani
Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires
Pte. J.E. Uriburu 950, 6° piso - C1114AAB
Ciudad de Buenos Aires, Argentina

www.iigg.sociales.uba.ar

Los Documentos de Jóvenes Investigadores dan a conocer los avances de investigación de los becarios y auxiliares del IIGG. Todos los trabajos son arbitrados por especialistas.

Desarrollo Editorial
Carolina De Volder - Centro de Documentación e Información, IIGG



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

HACIA UNA ÉTICA ACADÉMICA ANTI-UTILITARISTA

Resumen

Este ensayo parte de un triple diagnóstico. Por un lado, la creciente demanda de que el conocimiento se rija por el parámetro de la “productividad”, la “aplicabilidad” y la “utilidad”. Por otro lado, un desbalance en la valoración material y simbólica que reciben las ciencias sociales y humanas respecto del que reciben las ciencias físicas y naturales. Y tercero, una “división internacional del trabajo” entre “regiones productoras” y “consumidoras” de conocimiento.

Frente a ello, se intenta dar forma a una “ética académica anti-utilitarista”, proponiendo un modo de hacer ciencia social, aquí y ahora, que sea “normativa” -asociada a valores, en lugar de “neutralista” u “objetiva”-; “teórica” -que otorgue un lugar central a la reflexión conceptual, en lugar de “empirista” o meramente “estratégica”-; y “crítica” -que cuestione, en lugar de eludir o apañar los dilemas en torno a sus usos nocivos para la sociedad. Además, se intentará dar forma a esta modalidad de la mano de un autor impensado: Talcott Parsons, quien, de modo mayormente desconocido, desplegó problemas como el de la conexión entre ciencia y mercado o el de la conexión entre ciencia y violencia.

Para concluir, definiremos esta ética académica anti-utilitarista ordenando los diversos conceptos, metáforas, antinomias y clasificaciones utilizadas. Organizaremos las heterogéneas corrientes de pensamiento en las que nos apoyamos, desde la filosofía hasta el psicoanálisis, pasando por diferentes tradiciones de teoría social global y local. Y finalmente, conectaremos el diagnóstico de la actualidad que nos rodea con una propuesta de futuro.

Palabras clave: Ciencias sociales y humanas – Talcott Parsons – Ética académica – Rol intelectual – Teoría social

TOWARDS AN ANTI-UTILITARIAN ACADEMIC ETHIC

Abstract

This essay is based on a triple diagnosis. On the one hand, the growing demand for knowledge to be governed by the parameter of “productivity”, “applicability” and “utility”. On the other hand, an imbalance in the material and symbolic valuation received by the social and human sciences with respect to the physical and natural sciences. And third, an “international division of labor” between “producer” and “consumer regions” of knowledge.

Faced with this, we try to give shape to an “anti-utilitarian academic ethic”, proposing a way to do social science, here and now, that is “normative” -associated with values, instead of “neutralist” or “objective” -; “Theoretical” -that gives a central place to conceptual reflection, instead of “empiricist” or merely “strategic”-; and “critical” -that questions, instead of eluding the dilemmas around its harmful uses for society-. In addition, an attempt will be made to give shape to this modality with the help of a surprising author: Talcott Parsons, who, in a largely unknown way, deployed problems such as the connection between science and the market or the connection between science and violence.

To conclude, we will define this anti-utilitarian academic ethic by ordering the various concepts, metaphors, antinomies and classifications used. We will organize the heterogeneous currents of thought on which we rely, from philosophy to psychoanalysis, through different traditions of global and local social theory. And finally, we will connect the diagnosis of current affairs that surrounds us with a proposal for the future.

Keywords: Social and human sciences – Talcott Parsons – Academic ethic – Intellectual role – Social theory

LA AUTORA

Eugenia Fraga euge.fraga@hotmail.com

Doctora en Ciencias Sociales. Magíster en Investigación y Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Becaria Posdoctoral CONICET con sede de trabajo en el Grupo de Estudios sobre Problemas y Conceptos de la Teoría Social del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Docente en Sociología Sistemática de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Indice

Introducción: productividad, aplicabilidad, utilidad. Ciencia, mercado y violencia en el centro y la periferia	8
Ciencia, filosofía, teología: medios y fines, inmanencia y trascendencia, hechos y valores	9
Ciencia e ideología: teoría y preconiciones, relevancia y complejidad, pluralidad e integración	11
Ciencia impresionista: instrumentalidad, normatividad e imaginación; racionalidades, valores y utopías	13
Ciencia ñandú o ciencia búho: hechos parlantes, subconsciente teórico y autoengaño	15
Categorías residuales: luz y oscuridad, dogma y crítica, unifactorialidad y multidimensionalidad	17
Ciencia que urge o ciencia que sospecha: autoría y tradición, diagnóstico y esperanza, superficie y profundidad	18
Ciencia para el bienestar o tecnologías nocivas: guerra y paz, conservadurismo y progresismo, capital y estado	20
Ética científica de la honestidad y la humildad: autoritarismo y democracia, coerción y libertad	24
Ciencia humanista: abstracción, generalización y teorización; conocimiento, catexis y evaluación	27
Ciencia como actividad cultural: orientaciones últimas, relevancia valorativa, variabilidad epistemológica, comunidad científica	30
La misión del rol científico: objetividad y compromiso, comprensión y construcción del mundo	33

Intelecto e idea del bien: aplicación e investigación, práctica y teoría, razón pura y razón moral	34
Ciencia y liderazgo moral: singularidad y cambio histórico, texto y contexto, pensamiento y acción	36
La revolución educativa: frente a la alienación, saber es poder; ser buen profesor para ser buen intelectual	38
La aventura intelectual: organización eficiente para acumular capitales o libertad académica para traspasar fronteras	40
El matrimonio del investigador y el investigado: promoción del bienestar, auto-regulación profesional, tiempo e incertidumbre	42
Crítica social en pos de la sociedad potencial: producción y mediación de saberes, explotación y alienación de la cultura	44
Condición humana y relación sujeto-objeto: crítica epistemológica, ética y estética; innovación, originalidad, creatividad	47
Conclusiones: conceptos, metáforas, antinomias y clasificaciones; diagnóstico y propuesta	51
Bibliografía	58

Introducción. Productividad, aplicabilidad, utilidad. Ciencia, mercado y violencia en el centro y la periferia

Este ensayo parte de un doble diagnóstico acerca de nuestra situación actual. Por un lado, en un plano global, se constata desde hace tiempo, y de manera creciente, un proceso por el cual se pretende que el conocimiento esté cada vez más regido por el parámetro de la “productividad”: de la productividad estrictamente económica en el marco del capitalismo, y de la productividad tecnológica en particular dentro de aquel. Así, se requiere cada vez más de la investigación, incluso en el caso de las ciencias sociales y humanidades, que ella tenga “aplicabilidad” o “utilidad”, es decir, que sea “estratégica”, cuando no directamente que ella genere ganancias. Y ésto en un sentido privado o egoísta, no homologable o incluso contrario a una concepción de “bienestar” social, como sucede con los casos extremos, pero desgraciadamente muy extendidos, de la ingeniería genética vinculada a la producción y uso de alimentos “transgénicos” o de la ingeniería química vinculada a la producción y uso de “agrotóxicos” patentados (Aronson, 2003; Fraga, 2016).

Por otro lado -aunque asociado a lo anterior- y ya en el plano local, se constata también desde hace tiempo pero con fuerza creciente un desbalance en la valoración que reciben las distintas disciplinas académicas y las diferentes formas del conocimiento. La legitimidad simbólica, y por ende también los recursos materiales, son asignados en cantidad mucho menor a las ciencias sociales y humanidades, que a las ciencias físicas y naturales. Pues mientras en estas últimas la productividad, la aplicación y la utilidad de su investigación básica es más inmediata y evidente -desde la industria farmacéutica hasta la programación informática, pasando por la extracción de petróleo-, las ciencias no casualmente llamadas despectivamente “blandas” suelen ser consideradas “inútiles” o “irrelevantes”. En el mejor de los casos, un pasatiempo, que en tanto tal no debería recibir mayor consideración en tiempo ni en dinero del presupuesto nacional. En el peor, un verdadero obstáculo, un núcleo de atracción de pensadores opositores a las nuevas formas en que se pretende conducir el país, por lo cual resultaría benéfico el traslado de dichos científicos -si es que así se nos puede llamar, porque lo que hacemos pareciera más bien resonarles a “política”, por no decir a “teología”- a otras latitudes: el fenómeno conocido como “fuga de cerebros”.

Todo lo cual se enmarca a su vez en un tercer diagnóstico que opera como telón de fondo de los dos anteriores: una “división internacional del trabajo” entre “regiones productoras” y “consumidoras” de conocimiento. En tanto país periférico, pareceríamos tener asignado el segundo rol en el concierto mundial, acá lo que se produce no son ideas nuevas sino soja, o como mucho “datos”, es decir, investigaciones empíricas que, de nuevo, “apliquen” conceptos creados en otros lados, pero no investigaciones teóricas. Más allá de cómo esto es sostenido desde el “centro”, en el contexto de una realidad moderna-colonialista-imperialista, lo cual ha sido observado en detalle por múltiples pensadores críticos de la misma, aquí queremos resaltar cómo tal división internacional muchas veces es sostenida también desde la propia periferia. En efecto, la política científica de los últimos años en la Argentina ha sido la del “ajuste” -al punto de que ya la referimos, entre nosotros, como un verdadero “cientificidio”- (Beigel, 2013a; 2013b; Fraga, 2017).

Entonces, frente a todo lo dicho, este escrito intenta dar forma a una “ética académica anti-utilitarista”, es decir, busca proponer con fuerza la necesidad y la urgencia de una forma de hacer ciencia social, aquí y ahora, que sea “normativa” -es decir asociada a valores, en lugar de “neutralista” u “objetiva”-; “teórica” -es decir que otorgue un lugar central a la reflexión conceptual, en lugar de “empirista” o meramente “estratégica”-; y “crítica” -es decir que cuestione, en lugar de eludir o apañar los dilemas en torno a sus usos nocivos para la sociedad-. Además, se intentará dar forma a esta ética académica anti-utilitarista de la mano de uno de los autores más impensados: Talcott Parsons. Un sociólogo norteamericano, usualmente tenido por consensualista antes que como crítico, claramente pasado de moda, etcétera. Pero es que es parte de una ciencia “a contrapelo” poner en cuestión incluso sus propios “sentidos comunes”; si lo hacemos, podremos servirnos de aquel “otro lado”, mayormente desconocido, de la propuesta parsoniana, para desplegar problemas como el de la conexión entre ciencia y mercado o el de la conexión entre ciencia y violencia. Aquí Parsons es parte de la provocación y la rebeldía.

Ciencia, filosofía, teología: medios y fines, inmanencia y trascendencia, hechos y valores

Es claro que el ser humano tiene la capacidad de realizar “formulaciones lógicas” tanto

acerca de la “realidad empírica” -aquella observable mediante los sentidos-, como acerca de la “realidad no-empírica” -la no observable. Mientras suele considerarse que las primeras constituyen las verdaderas “teorías científicas”, y las segundas meras “teorías metafísicas” o “teorías teológicas” -es decir, conjuntos de formulaciones lógicas laicas o bien religiosas-, resulta evidente que todas ellas juegan un papel a la hora de guiar la acción humana. Aparentemente, las “teorías no-empíricas” guían a los hombres y mujeres en función de los “fines” a los que su acción debería orientarse, por medio de la imposición de ciertos “valores”, mientras que las “teorías empíricas” o científicas los guían, una vez definidos dichos fines, indicando los “medios” que les convendría utilizar para alcanzarlos, por medio de ciertos procedimientos ensayados, observados y generalizados. Las teorías metafísicas y teológicas pueden llegar a señalar dos tipos diferentes de fines para la acción: “fines empíricos”, es decir, alcanzables en el curso de la vida social, material, terrenal, y “fines no-empíricos”, es decir, alcanzables no de modo inmanente, sino únicamente en algún supuesto momento trascendente, en “otra vida”; dicho de otro modo, se trata de fines cuya realización no es verificable por medio de la observación sensorial. Estos fines que tienen como meta un estado de cosas no observable, son entonces “fines últimos”, no necesariamente porque “vengan después”, sino porque son los “ulteriores”, los definitorios en términos vitales (Parsons, 1991 [1935]: 238).

Lo que queda claro es que el papel del conocimiento científico como orientador de la acción humana es limitado: él apenas señala la factibilidad de ciertos caminos para llegar a una meta no definida por él. Es más: las “teorías últimas” no sólo definen las metas de la acción humana, sino que también -en el caso de que las teorías científicas ofrezcan más de un conjunto de medios factibles para su realización-, ellas orientan la elección final de uno entre varios de ellos. Esto en primer lugar. Pero lo cierto es que, bajo una mirada más atenta, incluso las teorías científicas contienen ya, en sí mismas, “elementos trascendentales”, no-científicos, sean de tipo metafísico o teológico. Es el caso de aquellos postulados primeros de las diversas teorías científicas, no comprobables ellos mismos: los llamados “axiomas” o “afirmaciones primitivas” por parte de la epistemología moderna, de los cuales se derivan luego, deductivamente, el resto de sus “teoremas” (Carnap, 1966; Nagel, 1961).

Lo relevante para nosotros aquí es que la teoría social, entonces, y por más científica que pretenda ser, se vincula a cuestiones existenciales, a disquisiciones valorativas

y a orientaciones normativas, de las que entonces le conviene -y le compete- dar cuenta y hacerse cargo. Puesto que así como no hay separación rígida entre “juicios de hecho” y “juicios de valor” -al final, ambos son juicios-, no puede haber tampoco una línea tajante de división entre ciencia y filosofía -y teología, pero esa discusión ya la saldaron otros (Schmitt, 1986). Aunque ser “filósofo en sentido positivo” remite al ejercicio propiamente dicho de tal disciplina académica, siempre se puede también ser “filósofo en sentido negativo”, lo que implica “develar y criticar”, bajo “fundamentos filosóficos” -es decir, axiomáticos, no observables- las diversas formas del saber humano, científico o no. En este sentido, resulta importante ser filósofo “al menos” en sentido negativo, incluso teniendo en mente objetivos científicos, como modo de mantener una perspectiva develadora y crítica en cuanto a la inevitable dimensión no-empírica de la ciencia, en cuanto a su dimensión valorativa, incluso trascendente¹.

Ciencia e ideología: teoría y prenociones, relevancia y complejidad, pluralidad e integración

Pero que la ciencia trate cuestiones metafísicas no significa -más bien se opone- a que la ciencia se base en el “sentido común” que circula en la sociedad. Para que el conocimiento producido sea algo diferente a la mera recolección, clasificación y con ello reproducción de las “ideologías” existentes en el mundo social -en sus prejuicios más naturalizados, en sus tradiciones más arraigadas- es necesario que todo investigador se encuentre especialmente alerta al peligro latente y bastante extendido en el campo académico de caer bajo la influencia del “empirismo extremo”². La perspectiva empirista extrema es aquella que “despacha” ciertas cuestiones “de fondo” como puramente filosóficas o “metafísicas” -ahora en un sentido peyorativo- y por ende como

1 Efectivamente, todo trabajo “constructivo” -como la reflexión teórica y la producción de conocimiento- requiere primero de un trabajo “destrutivo” (Joas y Knöbl, 2009: 26); otros dirán, quizás, “deconstructivo” (Derrida, 2004).

2 En efecto, las categorías utilizadas en la investigación no deben ser ni “*ad-hoc*” ni transposiciones del “sentido común”, sino conceptos “trabajados cuidadosa y críticamente” como elementos de un sistema. Y es que sólo admitiendo que trabajamos con sistemas teóricos, es decir, construidos, es que podemos alejarnos conscientemente de las categorías acriticas de uso corriente, a la vez que legitimar el lento trabajo del despliegue de categorías no arbitrarias sino con cierto sentido de unidad. Con la ayuda de una metáfora pictórica, o teatral, se puede decir que la estructura de una teoría nos ofrece un “cuadro” general organizador de los fenómenos estudiados, ella es el “escenario”, el fondo sobre el cual se proyecta el análisis, es el “marco” dentro del cual se pueden captar los cambios sociales acontecidos (Parsons, 1964 [1951]: 20-21).

no formando parte de la ciencia. Pero dicho alegato no es más que una excusa para “evadir de modo fácil” el ineludible momento de la “decisión” acerca de “problemas vitales” (Parsons, 1968a [1968]: 21-25)³. No hacerse las “grandes preguntas” es dar por supuesta la respuesta preestablecida a las mismas sin cuestionarla, es decir, es copiar o calcar de modo “naive” la solución predada al dilema. Y la única forma de abstraerse de aquella predeterminación del “mundo externo” es, precisamente y valga la redundancia, la “abstracción”: la abstracción analítica, la abstracción teórica, o lo que es lo mismo, tomar el camino inverso al propuesto por el empirismo (Parsons, 1998 [1937]: 45).

Todo esto no es novedoso: se sostiene desde hace tiempo la necesidad de la crítica de las prenociones (Durkheim, 2001), de las ideologías (Althusser, 1967), o en otras palabras su “develamiento” (Bourdieu, 2013). Lo novedoso pretende ser, en todo caso, encaminar dicha necesidad a partir de la idea de un “marco de referencia”. Un marco de referencia sería en primer lugar una articulación más general y por ende más abstracta de una pluralidad de teorías sustantivas, entendidas estas en términos de distintas escuelas, corrientes, perspectivas o incluso paradigmas. Esta heterogeneidad inherente a la idea de marco de referencia es lo que le otorga entonces su carácter abierto y dinámico a la reflexión teórica, pues es la variedad de puntos de vista en él articulados la que habilita la mejor captación de la complejidad del mundo, con todas sus sutilezas⁴ (Parsons, 1968a [1937]: 729-730). En segundo lugar, un marco de referencia teórico permitiría la descripción, la comprensión y la explicación de los fenómenos abordados de tal modo que sea posible distinguir qué es relevante y qué no del total de lo decible sobre los mismos, según sea lo que se intenta describir, comprender o explicar en cada caso, y según sea la perspectiva adoptada. Además, el criterio de la “adecuación motivacionalmente relevante” por medio del cual se

³ Es muy interesante notar que desde el empirismo se acusa a los “teóricos” de tener una “mentalidad blanda” [*soft-mindedness*]. Retomando esto, puede sugerirse la idea de que parte del rechazo a la teoría tiene que ver con su asociación con lo “suave”, lo “pasivo” -o contemplativo-, lo “interior” -o puramente mental- y, por ello, con lo femenino, a diferencia de la investigación empírica que se asociaría con lo “duro” de los datos, y lo “activo” y “exterior” de la salida al campo, y por ello con lo masculino, todo esto en el marco de una sociedad machista (Bershady, 1991: 74).

⁴ Es justamente esta propuesta de articulación de una “pluralidad de sistemas teóricos” la que se opone a cualquier tipo de “determinismo”, sea éste de cuño optimista -del tipo “la revolución está al caer”, independientemente de lo que uno haga o no-, o de cuño pesimista -del tipo “cada vez estamos peor”, más allá de cualquier intento en contrario-(Almaraz Pestana, 2012: 111).

distingue lo crucial de la “información contextual”, pone en escena uno de los modos de aparición del “momento subjetivo” presente en toda investigación, y en realidad en todo acto de conocimiento (Parsons, 1968a [1937]: 735-736).

En tercer lugar, un marco de referencia, al hacer uso de conceptos de lo que normalmente son consideradas “distintas” ciencias -por ejemplo: sociología, psicología, lingüística, filosofía, antropología-, habilita el trabajo “interdisciplinar”⁵. No hay modo de construir una descripción, una explicación -y mucho menos de emprender una transformación- que sea compleja y no determinista del mundo social o de un fragmento del mismo sin al menos algún conocimiento de los variados puntos de mira que lo toman por objeto en sus diferentes ángulos⁶ (Parsons, 1968a [1937]: 768-771). Entonces la noción de pluralidad se complementa con la de la “integración” de esa heterogeneidad, como antídoto frente al riesgo que acarrea llevar la primera hasta el extremo. Se trata de evitar caer en la peligrosa idea de que, dado que existen múltiples interpretaciones teóricas sobre el mundo social y la vida humana, todas ellas son igual de benéficas, en sus consecuencias prácticas, para el devenir de ese mundo y de esa vida (Parsons, 1968a [1937]: 774-775). La articulación de lo heterogéneo (Laclau y Mouffe, 2006), entonces, no va en detrimento sino precisamente en favor de la discusión normativa conciente en torno de lo que es relevante y perjudicial con miras a una “vida buena” (Honneth, 2007).

Ciencia impresionista: instrumentalidad, normatividad e imaginación; racionalidades, valores y utopías

Dado lo anterior, la tensión entre los “pequeños detalles” y los “grandes contrastes” comienza a poder resolverse cuando se entiende que tanto el “espectro” de la realidad estudiada así como la “selección” de la información relevante dentro de dicho espectro

⁵ Nótese que la “interdisciplina” debe ser diferenciada de la “transdisciplina”. Mientras la primera refiere a una propuesta típica de mediados del siglo XX de “superación de la dispersión disciplinar” que busca “articular” las distintas especialidades de conocimiento de manera de “interfecundarlas”, la segunda refiere en cambio a una propuesta surgida hacia finales de siglo y con vigencia en el presente, que pretende combinar la ciencia con el mercado y la sociedad civil, produciendo de manera práctica saberes “localizados” e inmediatamente “útiles” (Aronson, 2003: 2-3).

⁶ El “legado” fundamental de una perspectiva que busca asir la sutileza, la caoticidad y la complejidad del universo es, entonces: “¡Nunca aceptes explicaciones reduccionistas!” (Bortolini, 2007: 170).

son siempre orientadas en función de lo “teóricamente crucial”, o dicho con más claridad, que lo que resulte o no crucial será una función de la decisión en torno a la perspectiva teórica adoptada. En este sentido, lo que antes apareció en términos del elemento subjetivo de la investigación tiene mucho de “intuiciones” e “impresiones”, muy especialmente en las etapas iniciales de la misma (Parsons, 1965a [1964]: 12-14). En efecto, la productividad de la reflexión conceptual inicial, de manera independiente a su “puesta a prueba empírica”, -que puede ser necesaria en momentos posteriores- es muchas veces el requisito indispensable de lo que otros llamaron la cualidad “sensibilizadora” de los conceptos (Blumer, 1986) o incluso “imaginación” teórica (Wright Mills, 1961). Es que la mayoría de las veces, la opción por “técnicas” de investigación supuestamente más precisas o refinadas -en sentido tecnológico y/o matemático- no sólo le “quita la libertad” que le es propia al pensar humano, sino que moldea sus conclusiones antes de siquiera empezar (Parsons, 1965a [1964]: 16-18).

El pensar requiere entonces respetar las condiciones para que “surjan ideas”, e ideas existen de diversos tipos. Por un lado, las “ideas existenciales” son aquellas que sirven de marco para la descripción o el análisis de “entidades, o aspectos o propiedades”, que pertenecen al “mundo externo” respecto del sujeto que sostiene dichas ideas. Por otro lado, las “ideas normativas” son aquellas que refieren a “estados de cosas” que “pueden o no existir”, es decir, cuya referencia no es “indicativa” sino “imperativa”; en otras palabras, una idea es normativa cuando el estado de cosas al que refiere puede llegar a constituirse en un “fin” de la acción humana. En tercer lugar, las “ideas imaginativas” son aquellas cuyo contenido refiere a entidades que “ni existen ni a las que el actor siente necesidad de realizar”; ellas son, en relación a la acción, “índices de sentimientos y actitudes”, es decir, movilizadores de la acción, y el ejemplo más palpable de esto es la “utopía”, en sus múltiples y divergentes contenidos posibles (Parsons, 1965a [1938]: 20-21 n. 3). Limitar el pensamiento teórico, en este contexto, significa entonces limitar la potencialidad de la emergencia no sólo de ciertas interpretaciones novedosas sobre el mundo social, con su historia, sino también de propuestas novedosas de futuros alternativos. En este sentido, se ve que la fantasía tiene tanto lugar en la producción de saberes sobre lo humano como los procedimientos estrictamente científicos (Marcuse, 1985b).

Lo anterior tiene múltiples consecuencias. Por una parte, varios han planteado ya cómo de esa “tipología de ideas” puede sistematizarse la “tipología de la acción” humana, en

términos de una tripartición entre formas de actuar “instrumentales”, “valorativas” y “afectivas” o “tradicionales” (Weber, 2002), o, alternativamente, “instrumentales”, “normativas” y “dramatúrgicas”, o bien “comunicativas” (Habermas, 2010). Por otra parte, se deduce que las ideas juegan un rol fundamental en la acción, al punto de que incluso en los “cambios tecnológicos”, que a primera vista parecen sucederse con una lógica propia y alejada del control humano, son en última instancia aplicaciones de ideas (Parsons, 1965a [1938]: 23-24). Entonces surge la cuestión de la “racionalidad” de la acción -o su falta-. En ciertos sentidos, se dice que algunas ideas, como son las existenciales, son “más racionales” -puesto que funcionan con una lógica instrumental altamente valorada en la modernidad capitalista e industrial- que otras, como las imaginativas -asociadas a emociones-. Sin embargo, en otro sentido, en tanto toda acción se encuentra movilizada a partir de, o con la mira puesta en, ciertas ideas, y en tanto toda idea constituye una formulación lógica, se puede concluir que toda acción es racional, aunque lo sea de distinto modo, puesto que entonces lo que hay es una diversidad de modalidades de racionalidad -racionalidad instrumental, normativa e imaginativa. La lógica utilitaria, entonces, no es necesariamente la más racional, y no lo es nunca si el parámetro es, por ejemplo, normativo. En lo que respecta a la ciencia, esto indica que no basta con la producción de ideas existenciales, esto es, de “observaciones de hechos” o “datos factuales” -los cuales por otro lado ya hemos visto que contienen siempre elementos axiomáticos o metafísicos-, sino que es indispensable la reflexión teórica más amplia en torno a valores y, por qué no, su movilización a partir de utopías (Parsons, 1965a [1938]: 31-33; Marcuse, 1968).

Ciencia ñandú o ciencia búho: hechos parlantes, subconciencia teórica y autoengaño

Según lo recién visto, el rechazo de la reflexión teórica para las ciencias, bajo la justificación de su carácter metafísico o incluso “místico”, no es más que la reproducción de una falsa cadena dicotómica ciencia-nociencia / empiria-teoría⁷. La decisión, para cualquier investigador, no es entonces entre “teorizar o no teorizar”, sino entre “teorizar explícitamente” -es decir, con una conciencia clara respecto a lo

⁷ Se ha hecho notar que a veces el rechazo empirista a la teoría tiene que ver con su asociación inconciente con una supuesta “pretensión elitista”, dada la idea de que para dedicarse a la “contemplación” es preciso pertenecer a una clase social acomodada (Bershady, 1991: 77). Aunque esto fue así en la antigüedad, desde la modernidad ya no es el caso (Gramsci, 1984).

que se está haciendo, lo cual permite evitar un variado tipo de “falacias” respecto a la propia actividad-, y “teorizar implícitamente”, o también, “siguiendo la política del ñandú”, -es decir, “pretendiendo no darse cuenta” de los que se está haciendo, y así utilizando la propia teoría sin posibilidad de autocrítica- (Parsons, 1938: 13-15). La metáfora del ñandú, que mete la cabeza en la tierra para no ver, comparte el diagnóstico irónico acerca de ese empirismo inviable, mostrando cómo la no-explicitación de la propia teoría lleva a que ella funcione a modo de “subconciente” del investigador, es decir, de manera incontrolable (Bourdieu, 2013). Por contraste con el ñandú, podría decirse que la predisposición a explicitar el aparato conceptual subyacente adopta en cambio el hábito del búho, con sus ojos siempre abiertos.

En efecto, “el teórico más temerario y traicionero es aquel que dice dejar a los hechos hablar por sí mismos” (Marshall, 1925). Creer posible semejante absurdo -que los “hechos hablen”, un antropomorfismo más místico que cualquier postura normativa- sintomatiza por parte de un investigador un engaño, que puede ser tanto un engaño a otros como un autoengaño, y que en cada caso ayuda a inhabilitar la crítica y la autocrítica, respectivamente. Aunque teoría social y filosofía pueden llegar a distinguirse en términos analíticos -bien en función de tradiciones intelectuales históricas, bien en función de una simple división del trabajo-, ellas están íntimamente interrelacionadas de tal modo que la teoría social -y en realidad cualquier teoría científica- incluye siempre “preconceptos filosóficos” -“hacia atrás”, en términos de presupuestos, presuposiciones, preconceptos o prenociencias- así como tiene siempre “implicaciones filosóficas” -“hacia adelante”, en términos de efectos y consecuencias. Concretamente hablando, la mera producción de datos sin orientación teórica clara -y así, sin orientación valorativa clara-, carece de sentido. O peor aún, diríamos hoy, “le hace el juego a la derecha”. Precisamente, y como vimos más arriba, frente a los valores nucleares de la derecha -como puede ser la competencia-, el rol de la teorización en escala de marco referencial facilita la comunicación y una muy afirmativa “cooperación” en el seno de la variedad cultural (Parsons, 1938: 15-20).

8 Efectivamente, “el proceso real de construcción de teoría no es sino una cuestión de decisión” (Parsons, 1975: 305). Y además, en esta perspectiva toda síntesis es en realidad la construcción de algo “nuevo”, y no una simple “combinación” o “yuxtaposición” de elementos anteriores (Bortolini, 2007: 155).

Categorías residuales: luz y oscuridad, dogma y crítica, unifactorialidad y multidimensionalidad

Toda teoría tiene “agujeros”, puntos irresueltos, lugares a donde “no llega la luz” que ella intenta echar sobre el mundo. Esos agujeros son las “categorías residuales”, por oposición a los conceptos elaborados conciente y pacientemente. Ahora bien, puede decirse de una teoría que es fructífera y progresiva toda vez que ella reflexiona sobre sus propias categorías residuales, intentando criticarlas, conceptualizarlas y llenar los agujeros -y aún a sabiendas de que esa tarea es por definición interminable-. En cambio, una teoría que eluda esta tarea será “dogmática” (Parsons, 1968a [1937]: 16-19). Pero la condición para poder volver reflexivamente sobre la teoría es la teoría misma -esa o alguna otra-, o en otras palabras, es la estructura de algún sistema teórico la que ayuda a evitar aquel peligro, típico del “pensamiento de sentido común” -y del empirismo-, de rellenar los baches recurriendo a “categorías residuales acríicas”, es decir, a preconceptos no cuestionados, dados por sentados⁹. Es la estructura de un sistema teórico el que permite “filtrar” las categorías propuestas para ser utilizadas en una investigación, eliminando de entre ellas las que sólo constituyen prejuicios, o también, aquellas que arrastran implicancias nocivas (Parsons, 1965a [1945]: 215-218).

Pero para ello es necesario aclarar que cuando se habla de teoría, no se busca referir -y de hecho es necesario alejarse de aquellas posturas que la entienden como- “explicaciones monocausales” de fenómenos observados, es decir, como aquel tipo de

⁹ El “núcleo estructural” de la propuesta parsoniana son las llamadas “variables pauta” -universalidad/particularidad, neutralidad/afectividad, colectividad/individualidad- (Adriaansens, 1980: 68). Nos gustaría, a partir de este señalamiento, sugerir la posibilidad de analizar a toda “teoría” como tensionada entre los distintos polos de dichas variables. Así, como hemos visto hasta aquí y como seguiremos viendo en lo que sigue, la teoría social tiende a la “universalidad” mediante la explicación generalizada, a la vez que a la “particularidad” mediante la descripción de la singularidad; tiende a la “neutralidad” mediante su elemento cognitivo y a la “afectividad” mediante sus elementos catécticos y evaluativos; tiende al “interés colectivo” en la medida en que el conocimiento pretende el “progreso” del mundo, y al “interés individual” en la medida en que la academia también es un medio de “auto-progreso”.

¹⁰ Es crucial no confundir los distintos niveles del “continuo empírico-metafísico”, en este caso particular, no subsumiendo ni homologando el nivel del “modelo” construido con el nivel de las “orientaciones ideológicas” de una perspectiva (Alexander, 1984: xvii-xxv). Así, hablar de “sistema teórico” no implica con ningún grado de necesidad -ni lógica ni material- “defender al sistema”, es decir, al orden establecido. De hecho, en este ensayo, lo contrario es lo correcto.

conceptualizaciones que atribuyen la explicación de los eventos concretos a un “factor” específico y único, como ser el clima, los genes, la economía, la política o las ideas, entre otros. El problema de este tipo de conceptualizaciones es su estrechez de mira y la falta de complejización de los objetos estudiados, puesto que no hay fenómeno en el mundo cuyo devenir responda a una sola causa. De hecho, cuando la evidencia es tal que la explicación unifactorial vigente resulta insostenible, lo que suele suceder es que ella es reemplazada por una nueva explicación unifactorial, y así una y otra vez. De este modo, uno de sus efectos más adversos es la división del campo académico en escuelas rivales, generando un “impasse” en su seno e impidiendo algún tipo de integración de las múltiples perspectivas en danza (Parsons, 1965a [1945]: 222-223). Como ya hemos visto, la explicación monocausal o unifactorial es sólo otra faceta del reduccionismo, el fatalismo, el dualismo y el determinismo, a los que se opondría algo así como una “comunicación cooperativa” en el marco de la complejidad, o también, la defensa de la “multidimensionalidad” y de la “multiparadigmaticidad”¹¹ (Habermas, 2010; Alexander, 1984; Ritzer, 1990).

Ciencia que urge o ciencia que sospecha: autoría y tradición, diagnóstico y esperanza, superficie y profundidad

Otra cosa que suele llevar, erróneamente, el nombre de teoría sin ser teoría, es, especialmente en el ámbito de la enseñanza, la “transmisión y repetición” de “doctrinas con nombre propio” -al modo de “la teoría de X o de Y”. Pero la teorización es lo contrario de un “paquete cerrado” y aprendido de memoria: son esquemas conceptuales enseñados con el único objeto de estimular el pensamiento, el pensamiento nuevo, la producción de ideas novedosas, de conocimientos diferentes a los preexistentes. En este sentido, el proceso de la reflexión teórica no es tanto una “tradición”, cuanto la recreación de una tradición; en ningún caso, una cuestión de “autorías”, sino una actividad colectiva con aportes de varios grupos -profesionales y en formación- (Parsons, 1965a [1952]: 350). Este señalamiento empalma con aquel otro, realizado

¹¹ Es interesante notar que, para dar cuenta del intento de aquellas teorías que buscan captar la complejidad de lo real, se utilizan metáforas, como la de la “red” de caza a través de cuyos agujeros se aprehende el mundo (Agulla, 1962: 35), o también la del sistema teórico en tanto “constelación” de estrellas compuesta de múltiples puntos unidos entre sí de un modo que resulta significativo (p. 81). Como se podrá apreciar, ciencia tampoco se desentiende de poesía, como muestra la “metaforología” (Blumenberg, 1998).

tiempo después, respecto del carácter “ficcional” de la noción de “autor” en el ámbito de las ideas. Pues aún cuando existe en Occidente la convención de asignar un nombre propio a una obra, ni la persona ni la obra son unitarias, pero sobre todo, no puede decirse que las ideas desplegadas en esta última hayan sido “inventadas”, en un cien por ciento, por la autoría de referencia, sino que en el mejor de los casos son giros nuevos sobre elementos de todo tipo absorbidos en los más diversos ámbitos en el curso de la vida social (Foucault, 1998).

Pero dado que todo “diagnóstico” lleva consigo una “esperanza”, la idea de una teoría articuladora o generalizada, en el sentido del marco de referencia crítico que ya hemos mencionado, opera en esta propuesta como una utopía motorizadora para el ámbito intelectual e investigativo. Utilizando una metáfora topográfica, podemos imaginar la construcción de “islas de implicancia teórica mutua [...] dispersas en el mar del mundo fáctico” (Parsons, 1965a [1952]: 350). En esta visión, el mar, inabarcable, profundo, revuelto y confuso, incluso quizás peligroso, está constituido por la realidad factual, con su caoticidad ya aludida; la única manera de comenzar a aprehenderlo, de poder navegarlo sin riesgo de hundirse, es flotando, pero en lugar de en un barco, en una de múltiples islas. Las islas, a diferencia del mar, son las teorías: es decir que la teoría es el suelo firme, la tierra de arraigo desde la cual es posible aventurarse a atravesar el mar, a organizarlo, a interpretarlo, a develar lo que yace bajo su superficie. Las islas teóricas están hechas, no de arena o restos de caracoles, sino con conceptos heterogéneos, originarios de múltiples fuentes diversas, puestos en relaciones específicas de manera cooperativa (Parsons, 1965a [1952]: 353-354). De más está aclarar que también esta vinculación entre lo superficial y lo profundo -donde lo verdadero es lo segundo, lo escondido-, permite hermanar esta propuesta con otras en principio tan disímiles como la terapia psicoanalítica o la crítica marxista, es decir, con las diversas “hermenéuticas de la sospecha” (Ricoeur, 1996).

Lo antedicho nos lanza al cansado dilema en torno a la “investigación pura y aplicada”, o “fundamental” e “ingenieril”. Lo obvio es que cualquier sociedad del siglo XXI requiere de ambas para prosperar, o al menos para mantenerse. Sin embargo, frente a la “presión”, o también la “demanda” que suele haber, por parte de distintos ámbitos de la sociedad, de que todo conocimiento sea aplicado, útil, que “sirva a la gente”, es preciso, justamente, sospechar. Evidentemente, es de gran importancia -a veces incluso de máxima urgencia- resolver ciertas cuestiones concretas, ciertos

“problemas sociales”. Pero esto no puede implicar de ningún modo que todo apoyo, material e inmaterial -o financiero y de legitimación, para hablar concretamente- deba ir a la ciencia aplicada. Esto lo desplegaremos a continuación en detalle, pero baste señalar por el momento que la solución de lo inmediato siempre es “a costa” de algo: en general, a costa de un despliegue más lento pero más profundo y reflexivo del saber, lo cual siempre abrirá más posibilidades para el futuro, y quizás incluso permita “solucionar problemas” de una manera mejor, es decir, más acabada, más informada, más conciente y “de raíz”, en el porvenir (Parsons, 1965a [1952]: 367-368). La focalización en las “urgencias prácticas” inhabilita el trabajo paciente del develamiento crítico (Bourdieu, 2006).

Ciencia para el bienestar o tecnologías nocivas: guerra y paz, conservadurismo y progresismo, capital y estado

Quizás resulte evidente el vínculo estrecho entre la “industria” -o la ciencia aplicada o ingenieril- y la investigación “en tiempos de guerra”. Así, durante las guerras de todo tipo, tanto los recursos presupuestarios como los “recursos humanos” son puestos al servicio del triunfo en las mismas. En tiempos bélicos -como en tiempos de cualquier otro tipo de urgencias y excepcionalidades- la cuestión clave parece ser resolver, “en el menor tiempo posible”, cuáles son los mejores medios para alcanzar ciertos fines. En estos casos, de desplegarse un mínimo de investigación fundamental, ella lo hace con miras a algo que la trasciende. Lo que reina en tiempos bélicos, entonces, es la “investigación tecnológica”, e independientemente de la discusión sobre este hecho -por ejemplo, cuestionando en el extremo la idea misma de hacer la guerra, o de que el triunfo sea algo bueno toda vez que implica matar-, es difícil aceptar que aquel parámetro estratégico sea el mismo “en tiempos de paz”¹². La mayoría del tiempo, en cambio, la búsqueda del conocimiento por sí mismo debe ser tan importante -como mínimo- como su aplicación, y en un rato veremos por qué (Parsons, 1946: 657). Aunque ya aquí podemos recordar cómo nunca el conocimiento es “por sí mismo”, puesto que es siempre una reflexión sobre las orientaciones de la acción humana.

¹² Así, dos de los rasgos claves que hacen de un país un “país democrático”, más allá de su sistema de gobierno, son, por un lado, un “espíritu crítico-racional” -aquel que promulga la ciencia, la tecnología y el profesionalismo desde una mirada de “responsabilidad”-, y por otro, el “activismo” -como opuesto al “quietismo” pero también al “fatalismo”, como formas de afrontar “problemas inminentes” (Gerhardt, 1993: 101-130).

Por otro lado, múltiples estudios analizan los vínculos entre los distintos tipos de ciencias y las distintas ideologías políticas. En ellos se señala que los científicos sociales -siempre en promedio- tienden a ser bastante más “liberales”, por oposición al “conservadurismo” de las ciencias duras. Teniendo en cuenta que dichos estudios utilizan el vocabulario político estadounidense, en nuestro medio convendría en cambio reemplazar liberales por “progresistas”, para evitar confusiones. Volviendo al argumento, lo anterior tiene que ver con que, como grupo, los científicos sociales tienen, en general, mucha menos relación con la industria que los de las “ciencias duras” y, por ende y más importante aún, con la “opinión corriente en los círculos del negocio”, o para decirlo sin rodeos, con la ideología capitalista. Es más, los científicos sociales se encuentran muy frecuentemente asociados a “causas libertarias” y a “tradiciones reformistas”, asociación íntimamente atada a su actividad profesional. Como ejemplo de esto, se citan los estudios sobre “discriminación” étnica y religiosa, aunque también podemos pensar en lo que se conoce como “asistencia” o “trabajo social” (Parsons, 1946: p. 659, n. 15).

Pero este “alineamiento hacia la izquierda” de los científicos sociales no es azaroso ni gratuito. No es azaroso, porque responde, además de lo ya dicho, al “sentimiento” que en ellos repercute -puesto que existe así en la sociedad- de su “inferioridad de estatus” respecto de los científicos naturales, a quienes se suele tener en mucha mayor consideración por la claridad de la “función” que cumplen, en un sentido utilitario. Y no es gratuito, puesto que genera un nivel de “controversia política” de un modo que, respecto del apoyo a la investigación natural, no es ni cercano. Como puede apreciarse, entonces, la cuestión presenta una dimensión ideológico-política y otra estrictamente académico-intelectual, puesto que tiene que ver con la situación material y simbólica en que se encuentra cada tipo de ciencia. Por otro lado, la distinción entre ciencias sociales y naturales tampoco es tan rígida como a veces se la presenta. Para ilustrar esto último resulta interesante el caso del “bienestar” humano como objetivo típico de una nación, y más específicamente, de su política científica¹³. En efecto, muestra el autor, para alcanzar todo aquello que se incluye bajo la “categoría-sábana” del bienestar, es

13 Respecto a esto, se ha señalado cómo el paradigma parsoniano mismo, aunque no se presente así de manera explícita, puede concebirse, a partir de sus propias premisas, como una herramienta en la “optimización” del bienestar social. En este sentido, toda su explicación acerca del funcionamiento de lo humano presenta una “orientación al mundo de la vida” que lo emparenta con el proyecto ilustrado de mejoramiento de la sociedad a partir del conocimiento (Andersen, 1990:327), y más concretamente, como una defensa del “estado de bienestar”.

tan indispensable la investigación en ciencias naturales -por ejemplo, en la creación de medicamentos- como la investigación en ciencias sociales -por ejemplo, para la terapia psicológica- (Parsons, 1946: p. 660-661).

Pero realidades como estas difícilmente serán aceptadas por la sociedad en general, cuando lo que priman en ella son una serie de “estereotipos” que rebajan completamente la legitimidad de las ciencias sociales. Existen dos clases de estereotipos. En primer lugar, aquellos referidos a la “actividad” de los científicos sociales, y en segundo lugar aquellos referidos a su “posición ideológica”. Respecto a los primeros, se señala cómo se escuchan frases del tipo: “las ciencias sociales sólo sirven” para promover la “libertad sexual”, o la libertad en el “consumo de sustancias ilegales”, o para ayudar a quienes en realidad -supuestamente- “no se lo merecen” -las clases populares, los sectores desempleados, las agrupaciones que “cortan calles o rutas”, etc., vistos como “vagos” o algún sinónimo. En cuanto a la segunda clase de estereotipos, se señala la creencia común de que, mientras los científicos naturales se encontrarían asépticamente al servicio del bienestar social, los científicos sociales se encontrarían principalmente abocados a “racionalizar sus propios sentimientos”, es decir, en definitiva, a un trabajo no-imparcial, no-neutral, interesado y sesgado. Como si la ingeniería química o la administración de empresas no movilizaran “deseos egoístas”, o mejor dicho, no acarrearán gran lucro personal (Parsons, 1946: p. 661-662).

Entonces, lo que se esconde bajo la idea corriente de la “inmadurez” de las ciencias sociales tiene menos que ver con la veracidad de esos estereotipos que con el hecho de que, a diferencia de lo que sucede en las ciencias naturales, ellas no pueden producir, por su propia esencia, la misma cantidad ni el mismo nivel de “resultados prácticos” en los diversos campos de aplicación. En efecto, la “contribución” de las ciencias sociales no puede medirse de acuerdo a la productividad de objetos y tecnologías que redunden en beneficios o ganancias individuales, pues su naturaleza misma es, valga la paradoja, “social”, es decir, colectiva o altruísta (Parsons, 1946: p. 662). Una forma interesante de enfocar la misma cuestión es partiendo del diagnóstico generalizado de que toda época moderna es una época de “crisis”. La percepción común de la crisis, además, es la de una crisis social, económica, política, moral, etc., es decir, precisamente de aquellos ámbitos de la existencia humana sobre los cuales las ciencias sociales tienen mayor competencia, y con esto sólo podría quedar asentada su legitimidad (Parsons, 1946: p. 662). Y por lo que refiere a las aplicaciones de las “ciencias exactas”, no es

ningún secreto que todo avance tecnológico crea nuevos problemas sociales (Ogburn, 1952), es decir, que genera al menos tantos perjuicios como soluciones, piénsese en el caso más obvio, el de la bomba atómica, o por poner uno más actual, el de la contaminación ambiental¹⁴.

El verdadero problema es el pasaje, difícilmente exitoso, que va del “saber científicamente qué es necesario hacer” -por ejemplo, para lograr cierto parámetro de bienestar- al “efectivamente poder hacerlo”. Porque este “poder hacerlo” remite siempre a la “implementación política” de dicho saber por medio de una acción que requiere recursos¹⁵ (Parsons, 1946: 663 n. 17). Frente al frecuente vacío político, es cierto que ciertas empresas privadas implantan departamentos de investigación, pero como afirma el autor, ellos se concentran de manera casi exclusiva en la consecución práctica de objetivos propios, que tampoco son los del bienestar humano más general. Es por esto que se defiende fuertemente la necesidad del apoyo estatal a la investigación (Parsons, 1946: p. 664).

El apoyo estatal puede llegar a entrañar ciertos peligros, como el de que muchos proyectos promovidos por las ciencias sociales generen “polémica” y por ende rechazo financiero, o como el de que el apoyo financiero estatal implique algún tipo de “control” sobre el conocimiento producido. Estos riesgos no pueden ser eliminados

14 Al respecto de esto, las ciencias sociales no sólo sirven como “educación en contra” del uso de tecnologías nocivas como la bomba atómica en su momento, sino que también constituye un “paliativo psicosocial” una vez que sus efectos han sido producidos. Las ciencias sociales, así, se convierten en una forma de “colmar las necesidades” en un mundo “equipado para el suicidio” (Gerhardt, 2002: 151).

15 Existe un ejemplo de esto en la propia trayectoria académica de Parsons. A finales de los ‘40, él y su colega John Riley escribieron, a pedido del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales de E.E.U.U., un libro que giraba en torno de la relevancia de las ciencias sociales para el desarrollo nacional de posguerra. El libro, titulado *La ciencia social: un recurso nacional*, nunca pudo ver la luz, porque el Consejo vetó su contenido no una sino dos veces -con una corrección de los autores en el medio-. La razón del veto por parte del poder estatal/financiero fue que el libro hacía hincapié en la necesidad de la investigación básica -o teórica- en desmedro de la investigación aplicada. Parsons mismo explica esto desde una mirada crítica, señalando como problemático el pedido de que el libro “simplemente reflejara la opinión pública de la profesión”, en lugar de permitírsele trascenderla para lograr un mayor nivel de “auto-conocimiento”. En este mismo libro, Parsons realiza una distinción entre “investigación centrada en la teoría” e “investigación centrada en los hechos”. Mientras que esta última aborda sus hallazgos empíricos desde un marco conceptual “dado por sentado” -es decir, acrítico-, la primera lo hace desde la reflexión sistemática de su propio marco conceptual, lo que permite ir mejorándolo paulatinamente (Parsons y Riley, s/f).

completamente, apenas pueden ser reconocidos y tenidos en cuenta para minimizarlos lo más posible. La “independencia” de las profesiones intelectuales, y sobre todo de sus ámbitos de investigación y de enseñanza superior, bajo el lema de la “libertad académica”, es absolutamente innegociable, precisamente porque constituye la base del “desinterés” de la ciencia, o lo que es lo mismo, su interés en el bienestar general. Pero esta independencia o libertad nunca ha sido ni puede ser total, como lo prueba la existencia de universidades y centros de investigación privados o estatales, lo que quiere decir, asociados a poderes económicos o gubernamentales. Frente a esto, a veces se sugiere -tan sólo como medida parcial, puesto que el dilema carece de solución completa-, la creación de universidades y centros de investigación asociados a un tercer grupo, a saber, los sindicatos -o también podrían ser organizaciones civiles y fundaciones sin fines de lucro-, para que todos ellos funcionen a modo de “balance” o contrapeso de los demás (Parsons, 1946: p. 664-665 n. 19).

Ética científica de la honestidad y la humildad: autoritarismo y democracia, coerción y libertad

Volviendo a la cuestión de la relación entre ciencia y ética, o dicho de otro modo, acerca de si los conocimientos científicos pueden o no determinar los fines -además de los medios- de la acción humana, la conclusión había sido que efectivamente ella juega un papel en dicha determinación, pero no un papel exclusivo sino parcial. Ahora arribaremos a la misma conclusión pero por un camino paralelo. Podemos comenzar reconociendo lo “relativa” que es la distinción entre ciencia y ética: si bien la distinción analítica puede realizarse, ambas instancias se superponen de diversos modos. Así, para el caso de las ciencias sociales, está claro que, en tanto ellas se ocupan de investigar la acción humana, y dado que la acción humana consta tanto de medios como de fines, se sobreentiende que la ciencia social debe lidiar con estos últimos tanto como con los primeros. Por otro lado, si entendemos a la ética como aquella disciplina que se ocupa de definir los fines, es decir, los valores a los cuales la acción humana debería apuntar, pues entonces la ciencia social, al estudiar los fines de la

16 Como podrá apreciarse, este es un período especialmente radicalizado del pensamiento parsoniano -período que además suele ser pasado por alto en su enseñanza, cuando paradójicamente es uno de los más interesantes-. De hecho, por estos años, Parsons es llamado a declarar frente al estado macartista en tanto sospechoso de “comunismo” y “traición a la patria”. Parsons mismo realizaría una “crítica política” contra el macartismo, entre otras críticas políticas (Cisneros Sosa, 2010: 180).

acción humana, vemos que también debe vérselas constantemente con cuestiones valorativas (Parsons, 1947a: 213).

Lo que también es cierto es que la ciencia, en tanto conocimiento producido en el marco de una cultura específica o de otra, es siempre relativa, también, en este otro sentido de cierta “relatividad cultural” (Segato, 2007), lo cual lógicamente impide la determinación de los juicios valorativos a partir de los juicios de hecho de manera “universal”, total, absolutamente común a toda la humanidad -aunque queda abierta la discusión en torno a ciertos valores mínimos fundamentales, a una “ética mínima” (Honneth, 2007) o “minima moralia” (Adorno, 1998)- y solo de manera parcial. Una definición universalista de valores humanos no puede llevarse a cabo -si no se quiere incurrir en la dominación del sistema cultural más fuerte, que será el que hegemonizará la definición, sobre los demás-, a menos que se cumplan ciertos requisitos, como un verdadero “diálogo” e “hibridación” entre los distintos sistemas, de tal modo que aquello a lo que se arribe sea realmente un acuerdo, una construcción “intercultural” que respete las “diferencias radicales” existentes entre ellos (Fraser, 1997; Sousa Santos, 2003).

Ciencia y ética, entonces, no son disciplinas completamente independientes, sino que constituyen “partes interdependientes del mismo sistema fundamental de orientación racional hacia el mundo”. Sí, se leyó bien, la fundamentación ética de valores humanos se guía por el mismo parámetro que la ciencia: el de la racionalidad. Volveremos a esta cuestión en un momento; por ahora notemos que es por esto también que la ciencia social puede, aunque sólo parcialmente, ayudar a definir los fines de la acción humana. Esta última, si quiere comprender de veras el mundo social, no puede reducirse al estudio de la acción en tanto “hecho” factual, condicionado, etc., sino que debe concebirla también como motivada “por algo”, como orientada al logro “de algo”. Ese algo, claro está, son los valores. Pero esto no significa que la ciencia social deba defender un sistema de valores en particular, en su contenido concreto, sino más bien que debe reconocer su rol para así poder sistematizar el conocimiento sobre dichos valores, sobre todos ellos -sus motivaciones, sus obstáculos, sus consecuencias buscadas y no buscadas, etcétera- (Parsons, 1947a: 213).

Volviendo ahora sí a la cuestión de la racionalidad, es deducible de lo dicho anteriormente que la idea de ética con la que estamos trabajando es la de una “ética

racional”. Esto quiere decir, ni más ni menos, que su determinación del “deber ser” valorativo se apoya en conocimiento empíricamente válido y teóricamente sólido sobre las distintas posibilidades y limitaciones normativas, es decir, en el conocimiento producido por las ciencias sociales. Sólo la elección de valores fundamentada en un conocimiento tal habilita el pasaje de la pura “discusión abstracta en torno a la naturaleza de la conducta”, -en la cual casi cualquier valor puede ser argumentado y justificado, con preponderancia de los ya hegemónicos- al juicio positivo y negativo respecto de “conductas concretas” individuales y colectivas (Parsons, 1947a: 214). Así, por ejemplo, un relevamiento estadístico puede mostrar que las políticas neoliberales aumentan la cantidad de personas que viven bajo la línea de pobreza, o también, un análisis documental puede mostrar cómo históricamente el etnocentrismo y la discriminación racial y religiosa redundan en mayores y más violentos conflictos. Para lo cual, evidentemente, se requiere asimismo conceptualizar qué es neoliberalismo, qué es pobreza, qué es raza, qué es violencia.

La investigación en ciencias sociales es una forma más de acción humana entre otras, y por ende, del mismo modo que sucede con todas las demás, no constituye ningún “proceso de emanación por el cual la verdad eterna es milagrosamente implantada en cerebros humanos”, sino más bien un proceso “gobernado por valores morales y estándares éticos”. Por un lado, entonces, aparecerán los estándares propios del investigador en tanto sujeto social -sus valores políticos, estéticos, interaccionales, etc.-, y aquí hay una gran variabilidad, aunque también, como hemos visto, hay casi siempre un “progresismo” de fondo. Pero a la vez, aparecen los estándares propios del investigador en tanto investigador, los valores del rol científico-social. Y ellos deberían ser una combinación de “honestidad intelectual” -aquella que impide afirmar lo que no puede demostrarse y negar lo que parece haberse comprobado- con “humildad” -la voluntad de verse guiado por los resultados de las investigaciones validadas, aunque ellos entren en conflicto con las propias convicciones en tanto sujeto social (Parsons, 1947a: 215).

Honestidad y humildad son lo opuesto del “autoritarismo”: la “verdad”, por más que sólo exista como verdad siempre tentativa, hipotética y momentánea, no puede ser alcanzada mediante la “coerción”, no puede ser arrancada a la fuerza. La “ética de la ciencia” debe ser sobre todo, entonces, una “ética anti-autoritaria”, condición de posibilidad del “libre florecimiento” del conocimiento. En este sentido, de hecho, es

que se puede atar, como han hecho varios desde hace largas décadas, un lazo entre conocimiento y democracia -entendida no como mero proceso formal sino como auténtica cultura anti-autoritaria (Germani, 1979). Esta ética científica tiene además una fuerte asociación con el valor del “universalismo”. Aquella verdad científica, y aunque siempre orientada valorativamente, debe tender a la generalidad: se trata entonces no de un universalismo absolutista o coercitivo, sino de un universalismo democrático. En efecto: la ciencia defiende el valor de lo general como defiende otros valores universalistas, como por ejemplo la “doctrina de la igualdad de oportunidades”, con su “crítica del privilegio de todo tipo”. Y si bien es cierto que muchas veces la ciencia es utilizada, como vimos antes, de modos que perjudican a la sociedad -a alguno, varios o muchísimos de los grupos que la componen- en vez de ayudarla, ella es de todos modos indispensable si, además o incluso en contra del deseo de controlar la naturaleza, se desea comprender y orientar la acción humana (Parsons, 1947a: 216-217). Una ética anti-autoritaria se complementa entonces con una ética anti-utilitarista que devela la dialéctica siniestra del mito del control violento del mundo y el papel de una racionalidad degradada -antiética- en él (Horkheimer y Adorno, 2001).

Ciencia humanista: abstracción, generalización y teorización; conocimiento, catexis y evaluación

Habíamos dicho que una teoría general o marco de referencia en las ciencias sociales cumpliría dos funciones claves. Primero, podría funcionar como “guía” para la investigación empírica, en el sentido de ayudar a “localizar” con mayor exactitud las “fronteras de nuestro conocimiento y nuestra ignorancia”, y con ello, orientar nuestra “selección de problemas”, aunque éste no sea el único método legítimo para dicha selección -pensemos por ejemplo en el lugar del “azar”, o mismo de la “imaginación”, en todo “contexto de descubrimiento” del proceso investigativo (Swedberg, 2011). Segundo, evitaría las “distorsiones de observación e interpretación” producidas por el proceso creciente de “departamentalización” de la educación y de la investigación de las ciencias, es decir, por su creciente proceso de aislamiento y competencia, en lugar de la cooperación interdisciplinaria a la que ya hemos apuntado. En efecto, una perspectiva interdisciplinaria entre la totalidad de las ciencias sociales y humanas permitiría el complemento de los “prejuicios” de cada una de ellas a partir de las “sensibilidades” de las demás (Parsons y Shils, 1968 [1951]: 15-16; 19).

Pero los dos conceptos centrales que acompañan a la propuesta del marco teórico de referencia son los de “abstracción” y “generalización”. Ambos hacen referencia al proceso de la “creación de objetos, a partir de la experiencia, mediante el agrupamiento de situaciones según un criterio de selección”¹⁷. Este proceso es, ni más ni menos, que la “esencia de la cultura”, puesto que poseerla -y utilizarla- diferencia al ser humano del resto de los animales (Parsons y Shils, 1968 [1951]: 195-196). De este modo, entendemos que la abstracción y la generalización de las que tanto hemos venido hablando implican crear o construir, dar forma a objetos, en este caso objetos de estudio, de investigación, de análisis; implican agrupar, reunir, volver comparables cosas que a primera vista se aparecían como distintas, como no relacionadas; implican tener criterios, parámetros, medidas, que existen siempre de manera explícita o implícita -pero preferentemente explícita-, en función de los cuales seleccionar, elegir, recortar, distinguir, clasificar. Si todo esto constituye la esencia de la cultura, es decir, una serie de capacidades y actividades propias de todo ser humano, a la vez es cierto, como hemos visto más arriba, que el trabajo específicamente teórico, o teorizante, lo es en mayor medida, en grado más alto, de modo más extremo, dado que teorizar es abstraer y generalizar al máximo. Renegar de la capacidad humana de la teorización es reducir, achicar, empobreecer nuestra humanidad. Su conexión con la cosificación mercantil y la violencia, que ya hemos desplegado, deriva entonces en una verdadera “negación del humanismo” (Marcuse, 1971).

La abstracción, la generalización y la teorización utilizan símbolos, por lo cual es preciso clasificar los posibles tipos de símbolos en algún tipo de sistema¹⁸. Así, existen los símbolos con primacía de funciones “cognoscitivas”, “catécticas” y “evaluativas”. La función cognoscitiva tiene que ver con “ideas”, la catéctica con “expresiones” y la evaluativa con “normas”. Es decir que mientras la orientación del primer sistema de símbolos es hacia las “propiedades externas” de los objetos a conocer, la segunda

17 Desde una perspectiva cibernética, la abstracción-generalización es resemantizada en términos del “movimiento desde lo energético hacia lo informacional”, o también, desde naturalmente condicionado hacia la orientación metafísica de la “realidad última” Alexander (1984: 32).

18 La idea de sistema, muchas veces tomada como un síntoma de rigidez e inflexibilidad en el paradigma parsoniano, apenas pretende señalar la interrelación de los eventos en el mundo, como opuesta a la absoluta contingencia. Así: “La antítesis del concepto de sistema es la variabilidad completamente azarosa. De ningún modo pretendemos implicar algún tipo de rigidez” (Parsons y Shils, 1968 [1951]: 5 n. 5). Por el contrario, eludir el estudio de las regularidades e interrelaciones impide llevar a cabo una tarea develadora o crítica.

es hacia los “estados afectivos” que dichos objetos generan, y la tercera es hacia las “valoraciones regulativas” asociados a ellos (Parsons y Shils, 1968 [1951]: 197). Muy interesante es notar el análisis que esta sistematización de símbolos nos permite realizar del concepto de “crítica” que tantas veces hemos utilizado. La crítica, aquí, sería el producto de la “fusión” de ciertos símbolos expresivos, ciertos símbolos cognoscitivos y ciertos símbolos evaluativos altamente elaborados... igual a lo que sería la “expresión estética” (Parsons y Shils, 1968 [1951]: 197 n. 6). En otras palabras, la actividad crítica y la estética -que por ello se asemejan entre sí- emergen cuando unos afectos o sentimientos, y unas ideas abstractas y generales -o teorías-, además de unas normas regulativas, entran en relación a nivel simbólico. Efectivamente, de la antigua crítica hermenéutica, a la crítica literaria contemporánea, pasando por la crítica filológica, existen pasos que las unen mucho más de lo que las distancian (Koselleck, 2007).

Retomando el hilo, los tres tipos de sistemas simbólicos son “principalmente” cognoscitivos, evaluativos o catécticos, y no “puramente” cognoscitivos, evaluativos o catécticos: es decir que todo sistema simbólico contiene elementos de los tres tipos analíticos. Entonces, cuando se afirma por ejemplo que la ciencia es un “sistema selectivo de orientaciones cognoscitivas”, lo que se está indicando es que la ciencia es predominantemente cognoscitiva, pero siempre también parcialmente afectiva y parcialmente normativa. De hecho, existen numerosas situaciones en la vida social en las que, cuando las orientaciones cognoscitivas, por alguna razón, “no pueden operar”, emergen en su reemplazo y con “particular urgencia” intereses no cognoscitivos, es decir, expresivos y/o evaluativos. Tal es el caso, como ya hemos visto, de las situaciones de crisis o las épocas de guerra, a nivel colectivo, pero también puede ser el caso, a nivel individual, de la pobreza, la enfermedad o la cercanía de la muerte. De este modo, en todo momento y en toda sociedad parecen existir problemas que se presentan como cognoscitivos y como de “vital” importancia para los seres humanos -pensemos en las cuestiones metafísicas o teológicas- y que sin embargo no pueden ser respondidos por la ciencia en su sentido estrictamente cognoscitivo, sino que deben ser atendidos de manera principalmente expresiva o normativa -pensemos en el arte religioso o también

19 En este sentido, parece poco fundada la acusación hecha por varios autores (Joas y Knöbl, 2009: 46 y ss.) de que la teoría parsoniana excluye un tipo de acción “expresiva”; como hemos visto y como seguiremos viendo, ella se relaciona con lo que Parsons desde sus primeros escritos y hasta el final de su vida tematizó como lo estético, lo catéctico, lo afectivo o incluso a veces lo expresivo.

en las máximas de comportamiento religioso- (Parsons y Shils, 1968 [1951]: 202). La conexión entre ciencia y teología, lejos de implicar una postura retrógrada, permite asentar el elemento trascendente de toda tarea cognoscitiva de carácter crítico, y más aún, permite cuestionar desde una preocupación valorativa la racionalidad degradada a puro utilitarismo (Horkheimer, 1973).

Ciencia como actividad cultural: orientaciones últimas, relevancia valorativa, variabilidad epistemológica, comunidad científica

Muchos de los problemas que venimos analizando se vinculan a lo que muchas veces se conoce como “sociología del conocimiento”. Desde la perspectiva que venimos desplegando aquí, tal “área problemática” involucra el estudio de los diferentes “componentes estructurales” básicos de los “sistemas culturales”. Los componentes estructurales de los sistemas culturales son los siguientes cuatro: “patrones existenciales”, que definen los esquemas conceptuales con los cuales los objetos empíricos son conocidos; “patrones expresivos”, que definen las formas y estilos en que los objetos adquieren significado emotivo; “patrones evaluativos”, que definen los parámetros en función de los cuales los objetos son valorados como mejores o peores; y “patrones fundamentales”, que definen las orientaciones últimas en torno a las cuales todo componente cultural se asienta. Todos ellos se encuentran en constante “interpenetración”, por lo cual no sólo constituyen estructuras sino que “funcionan en acto”, especialmente por medio de su “institucionalización” en el sistema social (Parsons, 1967 [1959]: 140-142).

Como quizás se pueda apreciar, hasta ahora veníamos trabajando con esquemas de tres elementos -tres tipos de teorías, tres tipos de ideas, y tres tipos de símbolos. A partir de ahora tenemos las herramientas para sistematizar un cuarto elemento clave: el elemento fundamental, sobre el que sin embargo hemos estado trabajando desde el comienzo al referir a la filosofía, la metafísica, la teología. Así, los patrones existenciales y los fundamentales refieren ambos a cuestiones ontológicas, es decir que producen afirmaciones acerca de lo que “es”, de lo que “existe” -aunque evidentemente a diferentes niveles: los patrones existenciales, a nivel empírico, y los fundamentales, a nivel no-empírico, es decir, metafísico o teológico- (Parsons, 1967 [1959]: 146-147). Con este herramental conceptual podemos, ahora sí, desplegar con más detalle esta

propuesta de sociología del conocimiento, lo que haremos a continuación.

Por un lado, se intenta explicar el modo de funcionamiento de la relación entre los valores existentes en un sistema social dado, y los análisis científico-sociales de ese mismo sistema social, o dicho de otro modo, cómo esos valores sociales influyen en el conocimiento científico-social de la sociedad. Para ello es preciso retomar categorías clásicas como las de “relevancia valorativa” y “libertad valorativa” (Wertfreiheit y Wertbeziehung, Weber, 1990). La relevancia valorativa implica que más allá de cualquier tipo de validación empírica de un conocimiento dado, su inclusión en un “cuerpo de conocimiento social” nunca es completamente independiente de la “perspectiva valorativa” desde la cual se hicieron las “preguntas” para las cuales dicho conocimiento constituye la “respuesta”, es decir, que nunca es del todo “valorativamente libre”. La relevancia valorativa tiene que ver, entonces, con el hecho de que los “valores institucionalizados” de una sociedad no constituyen simplemente la base del “interés selectivo” que lleva a estudiar ciertos fenómenos sobre otros en términos científicos, sino que además son inherentes a la estructura de la sociedad en sí misma, y en este sentido constituyen el marco de referencia “sujeto-objeto”, la “posición de observador”, o el punto de vista, desde el cual se estudia científicamente cualquier fenómeno. Esto último es válido tanto para las ciencias físicas como para las sociales, ya que no se trata sólo de que el objeto sea o no también un sujeto, sino de que el sujeto mismo de la investigación es siempre el que construye el objeto al conceptualizarlo (Parsons, 1967 [1959]: 148-150). De todo esto, a su vez, se deduce una postura denominada de la “variabilidad epistemológica” (von Schelting, 1934). Efectivamente existe una variabilidad epistemológica en función de la relevancia valorativa de la ciencia, pero dicha variabilidad no es completamente azarosa, dado que los valores sociales mismos no son azarosos sino que varían de acuerdo a ciertos patrones (Stark, 1991).

Normalmente, la sociología del conocimiento opera con conceptos como los de “ideología general” e “ideologías particulares” (Mannheim, 1970). El planteo aquí es muy similar, hablándose por un lado de un “marco conceptual” desde el cual se describe a una sociedad, junto a una serie de “premisas” desde las cuales se evalúa a dicha sociedad positiva o negativamente. Y por otro lado, al hablarse de aquel conjunto de ideas y valores por medio de las cuales una determinada “cultura normativa institucionalizada” orienta la acción humana concreta. En otras palabras, mientras

que la ideología en general concierne al modo en que los valores sociales influyen en el conocimiento social, las múltiples ideologías concretas conciernen al modo en que algunos -y no otros- de entre esos mismos valores influyen en la acción social. Lo que queda claro, en cualquier caso, es que “ciencia” e ideología” sólo son analíticamente distinguibles, pero no realmente cosas separadas. De hecho, ambas comparten las mismas “raíces”, ambas son partes del saber general circulante en una sociedad, que contiene tanto patrones existenciales como evaluativos -además de expresivos y fundamentales- (Parsons, 1967 [1959]: 150-154).

Pero como hemos venido señalando, aunque sin desarrollarlo aún, todo patrón cultural entra en acción por medio de su institucionalización social. En este sentido, no podemos dejar de analizar la relevancia de aquellos colectivos institucionales que son las “comunidades científicas” (Fleck, 1986; Kuhn, 1971). Una comunidad científica es un tipo de sistema social, organizado sin embargo en torno a un “interés” y a un “compromiso” claramente cultural. Entonces, es necesario que la investigación científica, en tanto actividad, se organice de tal modo que permita “maximizar la probabilidad” de generar “descubrimientos” culturales, es decir, de manera lo suficientemente abierta como para posibilitar la creación de proposiciones novedosas²⁰. Este requisito debe ser tenido muy en cuenta, puesto que como se sabe los científicos no suelen ser actores ni “políticamente poderosos” ni “económicamente poderosos”. Por ello, dependen fuertemente de otros elementos estructurales de la sociedad, tanto para la obtención de los “recursos” que necesitan como de la indispensable “legitimación” de sus actividades. La comunidad científica, en este sentido, se encuentra sujeta a un “complejo de tensiones” por parte de la sociedad más amplia, tal que no resulta completamente lógico que los diversos sistemas de valores de esta última influyan sin reparos en su actividad y en la producción de sus conocimientos (Parsons, 1967 [1959]: 157-159). Para decirlo con más claridad: dada la tensión estructural en la que se encuentra la comunidad científica respecto del resto de las instituciones sociales -económicas, políticas, mediáticas-, es de esperar que su propia postura respecto de ellas sea la de una diferenciación y distancia crítica, siendo ella la forma cultural de

20 Carece entonces de sentido la crítica usualmente realizada (Domingues, 2001: 32) a la teoría parsoniana de que no otorga lugar a la “creatividad” de la acción, y en este caso específico, a la creatividad de la actividad teórica. Es más, este elemento abierto será incluso profundizado con la noción de “crítica”, como se verá más adelante. De hecho, Domingues (2008) mismo sugiere en otro texto que la creatividad era una opción para esta perspectiva desde el mismo momento en que habló de la “contingencia” de la acción.

habilitar la transformación creativa de la sociedad.

La misión del rol científico: objetividad y compromiso, comprensión y construcción del mundo

Profundizando en lo anterior, es posible dar aún otro giro a los conceptos clásicos de la “libertad valorativa” y la “relevancia valorativa” (Weber, 1990). La libertad valorativa tiene que ver con el grado de independencia que el investigador social siempre tiene respecto a los valores sociales generales, en el sentido de que, a pesar de contar con ellos, cuenta también con un sistema de valores específico y propio de la actividad científica que debe aplicar, dentro de los “límites pertinentes” de dicha actividad, si quiere ser reconocido en su seno -antes hablamos de la honestidad y la humildad intelectuales, por ejemplo-. Conciérne, dicho en otras palabras, a la especificidad del “rol” científico respecto de otros roles, del mismo modo que los otros roles sociales también cuentan con sistemas de valores propios. Pero por otro lado, y en paralelo a esto, la relevancia valorativa tiene que ver con el grado de influencia que los valores sociales generales operan sobre la actividad científica a pesar de su relativa especificidad, dado que se trata de una actividad entre otras en el mundo social. Así, la ciencia no se efectúa en una “torre de marfil”, ni sus resultados son el “fruto de una inmaculada concepción” (Parsons, 1971a [1965]: 17-18).

Entonces, el dilema no es si los científicos sociales actúan o deben actuar valorativa o a-valorativamente -puesto que siempre actúan valorativamente-; el dilema es más bien cuál sistema de valores prima a la hora de ejercer su rol, el específicamente científico o algún otro de sus roles sociales. O también, para adelantar lo que trabajaremos a continuación, si priman los compromisos fuertes -tipo ideológicos- o los compromisos débiles -procedimentales-. Evidentemente, esta es una cuestión empírica: en cada caso concreto, cada científico hará primar unos u otros; pero en términos generales, podemos decir que ambos sistemas operan a la vez, limitándose o complementándose mutuamente. Todo esto genera una noción de “objetividad” científica muy particular, que no implica lo que normalmente se entiende por ella -un análisis no valorativo,

21 En este sentido, resulta demasiado simplista, cuando no directamente reduccionista y sesgada, la lectura de la perspectiva parsoniana realizada por algunos autores (Gerhardt, 2005), en cuanto sostienen que ella implicaría una defensa unilateral de la libertad valorativa, dejando de lado la cuestión de la relevancia valorativa. Como podemos apreciar, esto no es así.

neutral- sino que refiere a un tipo de análisis en que se hacen efectivos y explícitos los “compromisos” con el sistema de valores antes expuesto. Objetividad y compromiso no son entonces elementos antagónicos, sino afines y mutuamente necesarios, y ambos se oponen al “escepticismo inmovilista” (Horkheimer, 1995).

Pero para lograr ese tipo de objetividad en particular, es indispensable, igual o incluso más que el uso de ciertos métodos empíricos de comprobación, el uso de esquemas teóricos generalizados (Parsons, 1971a [1965]: 31). Dicho más claramente: la teoría es un elemento clave de toda ciencia que se pretenda objetiva en el sentido recién referido -y no, exactamente al contrario, una fuente de parcialidad o tendenciosidad, como suele achacársele-. Lo parcial o tendencioso, en todo caso y como hemos visto más arriba, es replicar los saberes no-criticados que circulan en el mundo social, al no contrarrestarlos con categorías construidas a conciencia. Pues así como se construyen categorías y sistemas de conceptos, se construye el mundo, además de interpretarlo, de tal modo que en cierto sentido queda incluso bastante difuminado el límite que separa a la ciencia de las ideologías en su sentido ético-político. En efecto: “nuestra ciencia podría muy bien estar destinada a desempeñar un papel principal, no sólo ayudando a los hombres y mujeres a comprender el mundo social y cultural en que viven -lo que es su misión primordial-, sino también, por medios aún imprevisibles, a construirlo. En ese sentido, la sociología se revelará quizá como la principal heredera de las grandes ideologías del siglo pasado” (Parsons, 1971a [1965]: 36) .

Intelecto e idea del bien: aplicación e investigación, práctica y teoría, razón pura y razón moral

Podríamos afirmar que existen tres grandes tipos de disciplinas intelectuales: las “ciencias naturales”, las “ciencias sociales” y las “humanidades”. Ellas difieren por su objeto: mientras las primeras estudian los fenómenos naturales”, las segundas estudian la “acción humana, y las últimas estudian la herencia cultural. Ahora bien, los tres tipos de disciplinas intelectuales pueden ser tanto “aplicadas” como

22 Respecto a esta “misión” de la sociología, también denominada “el llamado sociológico” [*the sociological calling*], éste se basa en ciertos “elementos de orientación” entre los que sobresale el “universalismo ético” o “generalización valorativa”, es decir, en el respeto a valores no particularistas ni adscriptivos, sino “inclusivos” y democráticos (Parsons, 1947b: 81). Desde nuestra mirada, lo que es válido para la sociología es válido para la totalidad de las ciencias sociales y humanas.

“investigativas”. En el primer caso, dado que se trabaja sobre situaciones concretas y a veces urgentes, es preciso poner en práctica el conocimiento disponible sin detenerse para profundizarlo. Así, un médico, un activista social, o un artista, aunque obviamente poseen la “teoría” de su disciplina, se enfocan en hacerla efectiva más que en ampliarla. Ellos son “practicantes”, no “teóricos” o “historiadores” de sus respectivas disciplinas. A la vez, y por esto mismo, actúan en base no sólo a los saberes sino también a las “convicciones” que poseen, en bastante mayor medida que los otros. Los otros, es decir, los “investigadores” de las distintas disciplinas intelectuales, ponen sus saberes y sus convicciones en mayor nivel de cuestionamiento, puesto que su función es justamente hacer al conocimiento avanzar, ampliarlo, lo cual muchas veces significa criticarlo, modificarlo. Son los teóricos o los eruditos de las tradiciones de las ciencias y de las artes. No se mueven por la urgencia sino por la profundidad y la complejidad de los fenómenos a los cuales buscan captar a la vez que extender. Su meta es la búsqueda del conocimiento “por su propio bien” -aunque como ya vimos, siempre subyace a esto un sentido del “bien” ulterior (Parsons, 1965b: 40-41).

La distinción entre la aplicación y la investigación está entonces en “relación ortogonal” -no paralela- a la diferencia entre la “razón pura” y la “razón práctica” -o conocimiento y moral-, puesto que ambas se entrecruzan (Kant, 1961; 2004). Y así como las tres disciplinas intelectuales “miran hacia abajo”, es decir, hacia el “suelo” concreto de los diversos intereses y necesidades humanas en función de los cuales aplican sus saberes, también las tres “miran hacia arriba”, es decir, hacia el “cielo” de algún “fundamento último”²³ filosófico, metafísico y/o teológico, que también las orienta (Parsons, 1965b: 63-65) . Queda asentado así un vínculo inevitable entre teoría y práctica, gracias al cual los científicos en general, y los científicos sociales y humanísticos en particular, pueden ser considerados como “contribuyendo de manera decisiva” para la comprensión y la “orientación de la acción” en la “escena social”. Esto es así tanto si se los identifica con el “establishment” como si se los identifica como sus “opponentes”. Es decir que sea como “status quo” o como “revolución”, las ciencias sociales y humanas construyen el mundo además de interpretarlo, como acabábamos de ver (Parsons, 1969a: 304). La

23 Justamente por esta conexión entre las cuestiones religiosas y los dilemas conceptuales, metodológicos, filosóficos y valorativos es que se ha hablado de la perspectiva aquí desarrollada como una perspectiva “épica”, entendiendo por esto la creación de una teoría que fusiona lenguaje y política, e inspirada en la esperanza de que algún día conocimiento y mundo también se fusionen (Robertson, 1991: 138).

ciencia entonces está siempre comprometida con ciertos valores tanto procedimentales como ético-políticos: la cuestión es con cuáles. Pero de lo que no quedan dudas es de que en cualquier actividad científica -o razón cognitiva-, y sobre todo en la investigación -"fundamental" o "básica"-, la razón moral aparece, más o menos explícitamente, en la forma de algún ideal de "sociedad buena" (Marcuse, 1967).

Ciencia y liderazgo moral: singularidad y cambio histórico, texto y contexto, pensamiento y acción

Aún para el caso de las ciencias sociales y las humanidades, en que sus objetos de estudio son "únicos" -ya sea en tanto sujetos, ya sea en tanto culturas-, la abstracción y la generalización teorizadoras son necesarias. Singularidad y conceptualización no se excluyen sino que de hecho se requieren mutuamente. En efecto, si cada estudio social o humanístico fuese tan incompatible con los demás que no hubiese posibilidad de comparación y diálogo entre ellos, no habría posibilidad tampoco de cooperación ni de "crítica mutua". Existen entonces dos tipos de parámetros para la crítica mutua de los trabajos intelectuales: aquellos estrictamente intelectuales -como los parámetros académicos de procedimiento, verificación, escritura y publicación, además de ciertos valores como la honestidad intelectual- y aquellos de tipo extra-intelectual -o ético-, en un sentido más amplio referido a los valores sociales en pugna- (Parsons, 1969b: 993-995).

Además, la conceptualización es fundamental toda vez que, aún -y sobre todo- en el estudio de los objetos de las ciencias sociales y las humanidades, resulta esencial "relacionar texto y contexto". Dado que los "hechos" humanos y sociales siempre están cambiando, al igual que los contextos, y dado que sus transformaciones se retroalimentan, es indispensable a cada paso volver a establecer un vínculo entre el objeto estudiado y su marco histórico. Dichos cambios históricos son fenómenos que siguen lógicas altamente complejas y multicausales, pero aquí podemos enfocarnos en una de sus dimensiones. Al nivel de los roles o las actividades, o como se dijo antes, de las "posiciones de sujeto", es posible analizar el cambio -de manera parcial- en función de la interacción entre el trabajo de los "seres de pensamiento" y los "seres de acción", o lo que antes apareció como la distinción entre investigación y aplicación. Así, por usar un ejemplo simple, la obra de un artista -ser de acción- depende de, y se transforma

con, el comentario de su crítico -ser de pensamiento-, y la obra del crítico depende de -y se transforma con- la producción del artista. Todo lo cual pone en evidencia que “la distinción entre eventos y objetos textuales es relativa” (Parsons, 1969b: 996).

Pero asimismo, también es relativa la distinción entre seres de pensamiento y de acción. Si bien existe evidentemente una “diferenciación de roles”, ontológicamente la división es más lábil. Como hemos venido viendo, todo científico, por caso, es un actor social entre otros, del mismo modo que todo hombre y toda mujer, aún en el seno del mundo práctico, reflexiona constantemente sobre su acción, sobre sus medios y sus fines (Parsons, 1969b: 998-999). Este es el mismo razonamiento que lleva a afirmar que, en última instancia, “todo hombre es un filósofo”, a la vez que “toda teoría es una praxis”, y viceversa (Gramsci, 1984). La diferenciación de roles se relativiza entonces en el sentido de que todo académico es también un trabajador, un ciudadano, etc., y por ende porque tiene una cantidad de intereses, compromisos, derechos y responsabilidades en tanto tal. El problema, en todo caso, se encuentra en que en un mundo tan “funcionalmente diferenciado”, no queda ya claro a quién recurrir en busca de “liderazgo moral”: al político, al intelectual, al artista, al clérigo, al “entretenedor” de los medios de comunicación, al “hombre de la calle”. Y este dilema, que desde el acaecimiento de la modernidad occidental carece de solución definitiva, es una consecuencia de la influencia del protestantismo, por su planteamiento del no-reconocimiento de alguna clase particular de sujetos humanos como calificados para emitir juicios de valor -en el caso particular, en torno a la interpretación de la biblia- (Weber, 2012; Merton, 1936; Wright Mills, 1968).

Pero aunque no hay solución definitiva, hay oportunidades. Existen en las sociedades modernas, occidentales y capitalistas diversos “medios de intercambio simbólicamente generalizados”, o, de forma simplificada, medios que permiten intercambiar recursos, informaciones, energías, etc. entre los distintos sectores e instituciones sociales. El más importante de esos medios para la discusión presente es aquel llamado “compromiso valorativo”, el cual, como su nombre lo indica, se vincula a las cuestiones éticas y “fiduciarias”, es decir, las que hacen a la “fe” en distintos valores, convicciones, cosmovisiones. El compromiso valorativo se define por ser el medio que permite “traducir” los patrones de valor “generalizados” de una sociedad dada, a su uso “particularizado” según el caso de que se trate en cada momento y lugar específico. Ahora bien, algunos roles e instituciones cuentan por su propia naturaleza con mayor

cantidad de este “compromiso valorativo”, de tal modo que ellos pueden, por un lado, aparecer como “líderes morales” de la sociedad, y por otro, pueden “incrementar” el volumen de compromiso valorativo “circulante” -mediante su “extensión innovadora” y la consecuente “reorganización valorativa” de la sociedad-. Éste es el caso, a veces, de los religiosos, de los políticos, de los artistas, y también de los intelectuales (Parsons, 1968b). En este sentido, queda desplegada una vez más la misión ética de la ciencia. No es en vano la familiaridad entre la “misión” y la “vocación” (Weber, 1998).

La revolución educativa: frente a la alienación, saber es poder; ser buen profesor para ser buen intelectual

La abstracción que conlleva la elaboración teórica no implica algún tipo de contemplación volátil que se pierde en el goce de un puro presente: todo esquema teórico mira al presente, efectivamente, pero también al pasado y sobre todo al futuro, mediante pronósticos y tendencias, expectativas y esperanzas (Koselleck, 1993). Los esquemas no sólo “miran” al futuro, sino que se construyen en vistas a su “uso” y “aplicación” futuros. Por supuesto, no nos referimos a utilidad y aplicabilidad en un sentido restringido, puramente instrumentalista, sino a la productividad de la reflexión conceptual en la “solución de problemas humanos críticos”, es decir, en un sentido que es a la vez pragmático y trascendental, a la vez que profundamente humanista (Parsons, 2009 [1970]: 23; 26). De aquí la importancia crucial del análisis de las conexiones entre el conocimiento y la acción humanos. Esas conexiones, de hecho, se han ido volviendo cada vez más cruciales, al punto de que se ha sostenido la necesidad de considerar a la época actual -la modernidad tardía del capitalismo avanzado- como la “sociedad del conocimiento” (Drucker, 1969), o, para evitar las afinidades entre dicha noción y el management corporativo, como la época de la “revolución educativa” (Parsons, 2009 [1970]: 58).

Así como la revolución industrial y luego la revolución democrática dieron pie y continuaron motorizando, respectivamente, a la modernidad capitalista occidental, ella desde la segunda mitad del siglo XX y hasta hoy se enfrentaría, no ya primordialmente a problemas económicos o políticos, como en esas primeras revoluciones, sino a problemas culturales para los cuales la educación constituiría un principio de

solución . Al decir educación nos referimos sobre todo a la “educación avanzada”, universitaria, así como a la investigación -que también constituye un proceso de aprendizaje-. En este sentido, puede trazarse un paralelo histórico entre el rol jugado por el socialismo de los trabajadores frente al avance de la industria, el jacobinismo de los partidos impulsores de la democracia radical, y el nuevoizquierdismo de los intelectuales en la academia sesentista. Cada una de las tres habría sido una respuesta frente a las formas de “alienación” del momento de que se tratase en cada caso (Marx, 2006). En este marco, y una vez sentados dichos precedentes, resulta lógico constatar las “oleadas” actuales de malestar social, particularmente en el seno del sector académico, dados, por un lado, un nuevo avance del neoliberalismo económico, por otro, un nuevo retroceso de las tendencias igualadoras y fraternas de la política democrática, y, finalmente, dada la alerta especial que la sensibilidad intelectual posee por su formación frente a las cuestiones morales y culturales (Parsons, 2009: 59-61).

Dentro de la academia, resalta la figura del “profesor”. En la relación profesor-alumno, suele ser el alumno el que formula los problemas, el que trae las preguntas, y en cambio es tarea del buen profesor, si es “competente e íntegro”, referir esos problemas a -y extraer sus respuestas de- una cierta estructura teórica. De este modo, el profesor, para poder dar cabida a las preguntas de los alumnos, precisa mantenerse constantemente informado, en un proceso de perfeccionamiento constante. Ésta es una de las razones principales por las que la separación entre las funciones de docencia y las de investigación sería “funesta para la empresa académica” (Parsons, 2009: p. 67 n. 67). Entonces, ser un “buen profesor” implica mantener la apertura a preguntas siempre nuevas y a actualizaciones cognitivas, más allá de los momentos en que efectivamente se ejerce dicho rol en sentido estricto, dentro de un aula. Se trata de la preocupación por los problemas emergentes en la sociedad o en sectores de ella, y por la “motivación intelectual” que ellos provocan. De lo que se deduce la necesidad de mantener y fortalecer la unidad de investigación y docencia, promoviendo entre ambas una “crítica constructiva” (Parsons, 2009: 69, n. 70), que haga lugar a la aparición y al libre despliegue de distintos y novedosos “estilos” de

24 En efecto, se puede leer el paso de la época premoderna a la moderna, mostrando cómo, a partir de una unidad social mayormente indiferenciada, la revolución industrial provocó la “diferenciación” del subsistema económico, luego las revoluciones democráticas provocaron la diferenciación del subsistema político, y finalmente la revolución educativa está provocando, aún en la actualidad, la diferenciación del subsistema cultural (Parsons, 1966; 1971c).

“innovación intelectual” (Parsons, 2009: 76)²⁵. Ser un buen intelectual requiere ser un buen profesor, y ésto requiere tener siempre presente la antigua expresión “saber, es poder” [savoir, c’est pouvoir] (Parsons, 2009: 71), puesto que la ciencia no es una entidad “culturalmente autosuficiente”, sino que mantiene “conexiones profundas” con los demás componentes de la “orientación humana”, como el afecto, la política y las preguntas existenciales (Parsons, 2009: 74, n. 73).

La aventura intelectual: organización eficiente para acumular capitales o libertad académica para traspasar fronteras

En efecto, la función principal de la academia es la “promoción del aprendizaje”, con hincapié en su orientación cognitiva pero acompañada ella de las demás orientaciones de la acción: expresiva, evaluativa y trascendente. Ahora bien, bajo la noción de aprendizaje, se subsumen tanto los procesos de enseñanza-aprendizaje que se dan entre los miembros de las facultades y los estudiantes, así como, desde una mirada singular, los procesos de investigación. El investigador también “aprende” al investigar, incluso en un sentido más radical que el estudiante, pues a diferencia de este último, que aprende aquello que otros ya aprendieron y por eso pueden transmitirle, el investigador aprende aquello que aún nadie ha aprendido. Así, al investigar, se aprende “traspasando las fronteras previas del conocimiento establecido” (Parsons, 1971b: 486).

Ahora bien, un aprendizaje fructífero presupone siempre un “escenario” sobre el cual el proceso se despliega. Evidentemente debe existir cierta maestría respecto de las tradiciones, o sea, tanto de los conocimientos acumulados como de las formas de producir esos conocimientos. Pero más relevante aún, estas tradiciones deben ser “balanceadas” con la apertura hacia “oportunidades inusuales”, hacia “capacidades aventureras” y hacia “iniciativas novedosas”. De este modo, se dan las condiciones para el desarrollo de una verdadera “aventura intelectual”, la cual implica una predisposición a “dar la bienvenida a la innovación”. De lo cual se concluye que los procesos de aprendizaje e investigación requieren de elevados niveles de libertad, conocida normalmente como “libertad académica” (Parsons, 1971b: 487). Así queda

²⁵ Esta defensa de un “programa integrado y multidisciplinario para las ciencias sociales” es entonces la que se vincula a un proyecto de teoría social, y es desde el ámbito de las ciencias sociales que se abarca también a las humanidades y las ciencias naturales, a la filosofía e incluso a la tecnología (Robertson y Turner, 1991: 5), y es también desde ellas que se juzga a las diversas tecnologías.

establecida la interrelación necesaria entre aventura y libertad, entre un lanzarse al vacío insondable de lo desconocido, y la posibilidad de adquirir experiencias y saberes que modifican no sólo esa vivencia extra-ordinaria, sino la interpretación de la vida ordinaria misma (Simmel, 1988).

Todo proceso de aprendizaje genera un producto, un “output”, que por supuesto es el contenido del nuevo conocimiento, es decir, una entidad cultural. Sin embargo, dado que las instituciones académicas, aunque trabajan con entidades culturales, son ellas mismas instituciones sociales, requieren de la “aprobación social” de su tarea, de la legitimación de su propio medio, sin la cual ninguna institución social puede “sobrevivir” demasiado tiempo. Como sabemos, la sociedad actual, capitalista, es una sociedad con un fuerte sesgo “utilitario”, es decir, que tiende a dar su aprobación principalmente a aquello que produce utilidades prácticas, objetualizaciones materiales, beneficios económicos. Entonces, para el caso de los procesos de enseñanza, la sociedad la mayoría de las veces los considera legítimos en el único sentido en el que producen conocimientos con aplicaciones tecnológicas, abaratamiento de costos, o apertura de oportunidades laborales a sus estudiantes (Parsons, 1971b: 487-490). Para decirlo en otros términos, se valora el estudio dentro de la propia lógica del capital, y de hecho, sólo si se lo considera como factor de acumulación del capital: de capital económico -dinero-, de capital social -contactos-, de capital simbólico -poder (Bourdieu, 2000).

Pero este parámetro de evaluación del aprendizaje es absolutamente inadecuado por sí mismo. Es indispensable establecer una consideración del aprendizaje que sea “por lo menos relativamente independiente” de los “usos prácticos” que el conocimiento pueda tener, para que la sociedad pueda encontrarle sentido a que enormes contingentes de personas dediquen largos y tediosos años al estudio, y a que grandes sumas de dinero sean invertidas en el proceso. Esto no puede implicar, de ningún modo, presionar a las universidades e institutos de investigación a convertirse en “organizaciones eficientes”, en el sentido en que las empresas o incluso a veces la administración gubernamental defienden esta filosofía: la academia no puede moverse por “cánones de eficiencia”, sino por la “devoción” por el saber -por un saber que, como hemos visto, puede luego ayudar a orientar la acción humana en direcciones progresivas-. Es en función de este último parámetro que el sistema académico debe intentar generar aprobación social, en la forma de “confianza” en su “rol fiduciario”, es decir, de fe en

su dedicación a un conocimiento con tintes afectivos y éticos²⁶ (Parsons, 1971b: 495). En otras palabras: la escuela, la universidad, los centros de investigación, si pretenden mantener la singularidad que les da su sentido específico, deben resistirse a ser convertidos en “sistemas” mercantilizados y burocráticos, movidos por el dinero y el poder, fortaleciendo en cambio su carácter simbólico, “comunicativo”, su pertenencia al “mundo de la vida” cualitativo (Habermas, 2010).

El matrimonio del investigador y el investigado: promoción del bienestar, auto-regulación profesional, tiempo e incertidumbre

Quizás convenga introducir la categoría del “complejo profesional”, para referir tanto a la investigación -es decir, a la creación de conocimiento nuevo- como a la enseñanza -la transmisión de dicho conocimiento a las nuevas generaciones- y a la práctica -la aplicación de ese mismo conocimiento al servicio de los intereses humanos-. Ahora bien, en el caso de que la profesión se despliegue sobre sujetos humanos, emerge en todos los casos una cuestión ética, en torno a la “responsabilidad social” de los investigadores, los profesores y los practicantes-. La responsabilidad social tiene que ver con la “promoción, o por lo menos con la evitación del daño, de los valores y el bienestar” de los sujetos humanos involucrados, como individuos y como colectividad²⁷. Por supuesto que esto último no es sencillo, porque muchas veces los deseos y los intereses de los seres humanos son o bien difíciles de interpretar -por terceros pero incluso por la persona en cuestión misma-, o bien se encuentran directamente sujetos a conflictos -con lo cual no hay acuerdo sobre ellos- (Parsons, 1969c: 326-327). Una razón más por la cual urge el estudio minucioso de la dimensión normativa de la vida social, con sus justificaciones y sus efectos, sus posibilidades y sus limitaciones, y su

26 Lo fiduciario en esta perspectiva aparece en general en términos de “subsistema fiduciario”, que es aquel sector de cualquier sistema social encargado de la función de “latencia”, es decir, de mantener, reproduciendo o modificándolos, los “patrones culturales” latentes, de modo que puedan devenir manifiestos en cada acción social. La opción por la palabra “fiduciaria” se explica por el elemento de “fe”, es decir, de fiabilidad, confianza, esperanza o crédito que todo elemento cultural requiere que se le otorgue, por parte de los sujetos actuantes, a la hora de hacer uso de unos patrones, e independientemente de los riesgos o efectos no buscados que toda acción social que los active inevitablemente implica (*fides*, en latín, significa fe).

27 Por esto se puede hablar aquí de la “epistemología humanista” de un “ser pensante”, frente a la epistemología positivista del “ser experienciante”, por lo que el debate entre el humanismo aquí desarrollado y el empirismo implica también concepciones distintas de la subjetividad humana. En este caso, se trata en otras palabras de una “epistemología subjetiva” (Münch, 1981).

historia de pugnas.

Pero un problema paralelo surge a la hora de definir quién es el tipo de persona idónea para evaluar si se mantuvo o se rompió la ética profesional en cada caso. Desde esta perspectiva, esa persona no puede ser un juez o un abogado, un administrador político ni empresarial, ni tampoco el sujeto-objeto mismo de la investigación, y esto por varias razones. Primero, porque en todos los casos la posesión o no de recursos -típicamente, financieros o de redes- puede terminar definiendo el resultado de la evaluación. Y segundo, tampoco puede dejarse la evaluación ética en manos de la supuesta “opinión general de la humanidad” -ni de ninguno de sus representantes-, puesto que ella es apenas una expresión de los medios de comunicación masivos, que tampoco son ni competentes en la materia ni neutrales en sus intereses. La conclusión parece ser entonces que son los propios grupos profesionales quienes deben ser, hasta cierto punto, “auto-regulados”, haciéndose cargo ellos mismos de la mantención y de la evaluación de la integridad a la hora de servir en sus funciones sociales respectivas (Parsons, 1969c: 330). De lo que resalta sobre todo la oposición entre la ética profesional y la actividad de los medios de comunicación de masas, uno de los puntos básicos de cualquier perspectiva crítica sobre la tarea intelectual (Horkheimer y Adorno, 2001; Marcuse, 1985a; Wright Mills, 1963).

Dada la inherencia de la cuestión ética recién planteada, la relación entre el investigador y su sujeto se parece más a una “relación matrimonial” que a una “relación mercantil”. Así, ella no se basa en las utilidades recibidas de cada lado, sino apenas en la mutua “capacidad de contribución” que ambas presentan. Más concretamente, la relación entre el investigador y el sujeto investigado define las obligaciones de ambas partes en términos parecidos a los que, en un casamiento, se conocen como “para bien o para mal”, y no en términos de “beneficios” concretos recibidos, como ocurre en el mercado -y aunque dichos beneficios puedan de hecho surgir a partir de la investigación-. Lo central es que la relación de investigación es una que puede concebirse como de “común empeño”; en este sentido, la definición de lo que “cada uno saca de ello” es un tema no lineal. La “incertidumbre” es de hecho un rasgo inherente a todo proceso investigativo, y esto es válido para ambas partes del proceso. Si se supieran de antemano los resultados de cierta investigación, carecería de sentido realizarla (Parsons, 1969c: 334-335).

En realidad, algo semejante sucede en todas las áreas del complejo profesional. En el campo de la enseñanza, no puede saberse qué acontecerá en el largo camino de los estudios; en el campo de la aplicación, muchos procesos, terapéuticos o legales, no sólo son largos sino que sus resultados no pueden preverse. Lo que queda claro entonces es que además de la incertidumbre, un rasgo inherente de todos estos ámbitos es que “llevan tiempo”. En el caso en que efectivamente lleguen a materializarse los beneficios esperados, ellos tardarán en hacerlo, especialmente en el ámbito investigativo. Toda vez que la prisa ejerza una presión sobre los resultados de una investigación, ella podría, como mucho, solucionar ciertas cuestiones prácticas, mínimas, pero nunca logrará innovar en las cuestiones “fundamentales”, de raíz, en aquellas en que además juega un rol central la reflexión conceptual profunda (Parsons, 1969c: 339). Entonces, si ni la eficiencia, ni la prisa, ni los beneficios constituyen parámetros válidos del conocimiento científico, la ética, en cambio, sí lo hace (Parsons, 1969c: 349). Pues mucho se han hecho notar las “consecuencias alienantes” de la presión a la “aceleración” social (Rosa, 2013), los vínculos entre ella y psicopatologías como las “adicciones”, los “fundamentalismos” (Giddens, 1994), y las distintas formas del “estrés” emocional, especialmente frente al requisito de la “hiperproductividad” (Han, 2010).

Crítica social en pos de la sociedad potencial: producción y mediación de saberes, explotación y alienación de la cultura

Puede utilizarse una analogía económica para pensar todos estos temas. Así como existen “diferencias estructurales” en la economía entre las “unidades productivas” -de manufactura de bienes- y las “unidades mediadoras” -de organización de las ventas de esos bienes-, en el complejo profesional ocurre algo similar. Así, la investigación es la función productiva del conocimiento, mientras que la enseñanza es la función mediadora del mismo, puesto que lo hace circular hacia el resto de la población o sectores de ella (Parsons, 1978: 136-137). En este sentido, puede hablarse también del complejo profesional como de una “madeja” [bundle]. La madeja académica -o el “ovillo”- es entonces esa unidad heterogénea, constituida -para retomar la metáfora- por diversos “hilos”, de distintos colores y grosores, o que van en distintas direcciones, pero que forman juntos una misma entidad.

De manera parecida, así como en el ámbito económico existe un malestar en torno a

la “explotación” del trabajo, por la cual, dentro de las unidades productivas, los seres humanos en su mayoría deben someterse a una “disciplina” de pura racionalidad instrumental producto de la cual acaban “alienados”, en el ámbito académico sucede algo similar. En efecto, existe en la academia un malestar en torno a la racionalización puramente cognitiva de la producción del conocimiento, es decir, frente al disciplinamiento que le sustrae sus componentes morales/políticos y estético/expresivos, de tal modo que quienes participan de él también acaban alienados, aunque en otro sentido. Entonces, quienes se perciben como afectados por aquella explotación y alienación, consideran que así se está “derogando la dignidad de la cultura”, es decir, de que se la está reduciendo a uno sólo de sus componentes, el cognitivo; en cierto sentido, a ella también se la estaría explotando y alienando (Parsons, 1978: 141-142).

Efectivamente, así como se puede hablar de la alienación de los trabajadores en tres dimensiones, también se puede hablar de la alienación en tres dimensiones de la cultura. Un trabajador se ve alienado, mediante la racionalización explotadora, respecto del producto de su trabajo, al que no puede concebir como propio; respecto de sus compañeros trabajadores, a los que sólo puede concebir como competidores; y respecto del proceso productivo en su conjunto, al cual sólo puede concebir como una fuerza inmanejable, coactiva, impersonal, fatalista (Marx, 2006). Del mismo modo, quienes cuestionamos la racionalización des-afectivizante y des-moralizante de la ciencia, la encontramos alienada en sus productos -una serie de papers publicados en journals que se acumulan para sumar puntos en los informes técnicos-; la encontramos alienada en cuanto que se nos aparece como medio para avanzar en una competencia sin fin contra nuestros colegas, con quienes en realidad compartimos la misma condición; y la encontramos alienada como proceso de conjunto, pues la ciencia parece seguir una lógica sin lógica, o cuya única lógica es reproducir su propia lógica, utilitaria y amoral -especialmente, en la aplicación tecnológica de la ciencia, por ejemplo, en el sin fin sin sentido de nuevos modelos de celulares, o en el uso indiscriminado de químicos tóxicos en la producción agraria-.

La clave aquí es quebrar, como ya vimos antes, la dicotomía entre “conocimiento relevante” y “no relevante”. Las distintas formas del conocimiento científico, entre las cuales debemos incluir también el conocimiento “clínico” o aplicado, son en principio todas relevantes, aunque de distinta forma, y en distintos tiempos y lugares. A la hora de la investigación, algunos tipos de saberes resultan más necesarios que otros, pero

esta ecuación se modifica en el ámbito de la enseñanza y también en el de la práctica. Cada ámbito está en este sentido diferenciado del resto, pero no por ello dejan de encontrarse mutuamente integrados. Y es clave tener en cuenta que en el pasaje de un ámbito al otro, la “transferencia” de conocimiento no puede llevarse a cabo sin dar cuenta siempre del “contexto de relevancia” original del mismo. En este marco, por último, es importante constatar que el desarrollo de teorías generalizadas produce mayor cantidad de conocimiento relevante, o mejor dicho, produce conocimiento relevante para una mayor cantidad de contextos, que el conocimiento producido en contextos específicos, y de aquí el llamado a defender ese ámbito en particular del complejo intelectual (Parsons, 1978: 147-148). Hace medio siglo ya se viene hablando de cómo, desde aquel entonces y aún hoy, la universidad se ha convertido en un “sector estratégico” de la sociedad (Bell, 2006). Esto tiene que ver con que ella, en conjunción con el sector investigativo, ha permitido desarrollar, respecto de innumerables “intereses sociales”, el nuevo y más importante “factor” para la resolución de los “asuntos humanos”: el “conocimiento teórico” (Parsons, 1978: 112).

La clave del asunto es que existe de hecho una íntima relación entre las ciencias sociales producidas en la universidad, y la cultura de la sociedad en general, sobre todo en cuanto a sus aspectos morales. Podemos denominar al elemento eminentemente moral del conocimiento producido por las ciencias sociales, “ideología”, como distinta analíticamente de la “teología”. Mientras que la primera constituye una forma de “crítica social” orientada a las preocupaciones que surgen del abismo que hay entre la “sociedad existente” y la “sociedad potencial” terrenal, la segunda forma de crítica social se orienta al abismo entre la sociedad existente y una sociedad potencial “celestial”. De este modo, el conocimiento sobre lo social es “complementario” a la crítica moral. De hecho, existe un grupo particular de “intermediarios” entre el ámbito de las ciencias sociales y el de la moral cultural: los “intelectuales”, cuyo rol es una función de la combinación entre la racionalidad cognitiva y la racionalidad evaluativa. Los intelectuales, en este sentido, son un tipo singular de académicos universitarios, en tanto resultan, idealmente, “más sensibles” a, y por ello “más comprometidos” con, las preocupaciones no cognitivas de la sociedad, además de, por supuesto, con las propiamente cognitivas (Parsons y Platt, 1973: 267-303). Y así queda vuelto a

28 Es la “variable pauta” de la “orientación colectiva” la que se relaciona intrínsecamente con este elemento moral del mundo social (Almaraz Pestana, 1981:326). En este sentido, sugerimos que aquí se aloja una de las pruebas principales de que la actividad intelectual, en tanto actividad primariamente

asentar el vínculo entre la potencia (Spinoza, 2011), la crítica (Horkheimer, 1974) y la política (Hardt y Negri, 2005).

Condición humana y relación sujeto-objeto: crítica epistemológica, ética y estética; innovación, originalidad, creatividad

A partir de este punto, nuestro interés va incluso más allá del ámbito de competencia de las ciencias sociales, ubicándose en una zona más amplia denominada la “condición humana”. La perspectiva aquí desarrollada concibe a la condición humana como un paradigma ontológico, en tanto incluye el conocimiento producido en todas las disciplinas intelectuales, incluidas las físico-naturales, y sobre todo en tanto que se roza inevitablemente con cuestiones metafísicas. Hay cuatro sistemas que conforman la condición humana -el ámbito físico, el orgánico, el de la acción, y el télico-. El ámbito físico es aquel constituido por los elementos inorgánicos; el orgánico, el constituido por los elementos vivos en su sentido vegetal o animal; el de la acción, el constituido por los seres humanos en tanto seres humanos; y el télico, el constituido por los “problemas últimos” que influyen en la acción del ser humano (Parsons, 1978: 362).

Dentro de este marco más general, a nosotros nos preocupa específicamente lo relativo al ámbito “télico” -el abordado por las humanidades, muy especialmente

-aunque no exclusivamente- orientada a otros, implica ineludiblemente cuestiones normativas.

29 La condición humana caracterizada aquí puede ser pensada mediante la metáfora de “el cuadro completo”, en el sentido de un panorama más amplio que el acostumbrado, o mediante la metáfora de un “tapiz”, que reúne todos los fragmentos anteriormente dispersos, o, finalmente, la de un “rompecabezas”, compuesto de variadas piezas encastradas con un sentido unitario (Tiryakian, 2005: 268-269). Este carácter integrativo estuvo presente en la argumentación desde sus primeras páginas, pero aquí alcanza su punto máximo.

30 Respecto a estos cuatro ámbitos, hacemos notar que los tres primeros -físico, orgánico, de la acción- son productos del conocimiento humano empírico, mientras que el último -télico- sólo es cognoscible de manera no empírica, a través de la experiencia humana “transempírica”. En otras palabras, se trata aquí de comenzar a conceptualizar aquello que en la epistemología moderna había quedado como elemento residual, lo “nouménico” (Tiryakian, 2005: 270).

31 Estos cuatro componentes existían ya, en una formulación bastante parecida, desde el período de los ensayos tempranos de Parsons. En efecto, tan temprano como 1933 nuestro autor hablaba de cuatro “niveles” de realidad, el físico, el orgánico, el de la acción y el de la mente, que además se relacionaban con cuatro niveles en la “jerarquía explicativa” del mundo, el de la explicación mecánica, el de la explicación organicista, el de la explicación en términos de medios y fines y el análisis cultural (Camic, 1991: liv-lv).

por la filosofía e incluso la teología- en su relación con los otros tres³². A partir de aquí adoptamos esta mirada explícitamente más amplia porque muchas veces, para ayudar a solucionar un problema a un determinado nivel de análisis, resulta muy fructífero considerarlo a partir de sus relaciones con el siguiente nivel más general de análisis (Parsons, 1978: 1). Efectivamente, la problemática tratada aquí es la cuestión de la relación sujeto-objeto, clave en toda actividad humana, y especialmente en toda actividad del pensamiento -como la investigación-. Como veremos a continuación, la relación sujeto-objeto puede tomar tres formas distintas, aunque interrelacionadas.

La primera forma de la relación sujeto-objeto es de tipo “cognitiva”, y como tal fue clásicamente formulada por René Descartes (2010). Se trata de la relación entre un “sujeto cognoscente” y un “objeto conocido”. La controversia epistemológica posterior giró en torno a qué o quién contribuía, y cómo, a la generación del conocimiento así entendido. El empirismo sostenía que la contribución provenía “desde fuera” del sujeto, es decir, de las impresiones que los objetos externos generaban en los sentidos subjetivos. Pero Immanuel Kant (2004) innovó al señalar la contribución “desde dentro”, es decir, el moldeamiento de dichas impresiones a partir de las “categorías del entendimiento” con las que todo sujeto cuenta. Nuestra perspectiva retoma la postura kantiana pues ella pone en evidencia que la relación sujeto-objeto es “de ida y vuelta”, tiene “dos sentidos” (Parsons, 1978: 368-369).

El segundo tipo de relación sujeto-objeto es de tipo “catéctica”, tal como ella fue formulada clásicamente por Sigmund Freud (1977). Se trata de la relación entre un “sujeto afectado” y un “objeto afectivizado”, y nuevamente queremos subrayar la doble dirección de la misma, cualidad que ya había sido señalada, en sus propios términos, por Kant (2007). En un proceso catéctico, el sujeto “recibe” algo del objeto, pero también le “devuelve” algo: una carga emotiva, una energía libidinal, un impulso expresivo, una sensación estética (Parsons, 1978: 369-370).

Por último, el tercer tipo de relación sujeto-objeto es “evaluativa”, y fue así formulada

³² Es crucial no confundir lo “tético” con lo “teleológico” en un sentido aristotélico, como hacen algunos (Andersen, 1990: 326). El ámbito tético lo es porque orienta los fines con los que se mueve el ámbito de la acción humana, pero no es teleológico puesto que no se trata de fines predeterminados hacia los que la acción tienda inevitablemente e independientemente de su propia “interpretación” de la información recibida de este otro ámbito.

principalmente también por Kant (1961). Aquí se trata de la relación entre un “sujeto evaluador” y un “objeto evaluado”, en sentido práctico-político o ético-moral, o con otro vocabulario, en sentido ideológico o valorativo. Nuevamente en este caso estamos frente a una relación de ida y vuelta, pues el sujeto evalúa pero en función de parámetros que, aunque siempre presentan una forma humanizada, socializada, en realidad le vienen, en tanto preocupaciones de fondo que requieren una valoración normativa, “de afuera” suyo, es decir, que lo “trascienden” (Parsons, 1978: 370-371).

Como se habrá notado, el autor de cabecera es claramente Kant, y se recordará que las tres obras en las que el filósofo elabora los elementos que tan centrales resultan para nuestra perspectiva, llevan por título la palabra crítica: *Crítica de la razón pura*, *Crítica de la razón práctica*, y *Crítica del juicio*. Ampliar el foco de observación al ámbito télico de la condición humana parece conducir inevitablemente a esto: a la explicitación del carácter fundamental de la crítica para una perspectiva anti-utilitarista sobre el conocimiento humano. Despleguemos esto con mayor detalle. Concentrándonos específicamente en el ámbito télico, vemos que éste presenta ciertas cualidades especiales. En primer lugar, dicho ámbito cumple una “función”, que en este caso es el “mantenimiento de patrones últimos”. En segundo lugar, dicha función la cumple el ámbito télico en el seno de un “medio” determinado, denominado “ordenamiento trascendental”. En tercer lugar, el ámbito télico cumple la función que cumple porque presenta una “orientación” que lo define, orientación que, valga la redundancia, es la de la “trascendentalidad”. Y finalmente, pero quizás lo más importante de todo, dicha orientación y dicha función son evaluadas mediante un “estándar”: en el ámbito télico, el estándar evaluativo es, precisamente, el de la “crítica” (Parsons, 1978: 393, figura 4).

La “crítica” es entonces el parámetro en función del cual se examinan las

33 Se han detectado en este punto ciertos rasgos “fenomenológico” de la propuesta desarrollada, como ser: la adopción explícita de un “punto de vista antropocéntrico”, la aceptación de formas experienciales “trascendentales” y el señalamiento de la existencia de múltiples “mundos” -físico, orgánico, de la acción, télico- (Tiryakian, 2005: 278). En realidad, estos elementos están presentes desde el comienzo del análisis que presentamos, pero aquí se sistematizan con mayor claridad y se vuelven más palpables que nunca (Schütz, 1993).

34 La definición del concepto de “trascendencia” utilizada en esta perspectiva la da Parsons (1979) en una entrada que escribe para la *Enciclopedia de Ciencias Sociales*. Allí afirma que “Karl Jaspers [1968] introduce el concepto de trascendencia para denotar la frontera ‘final’ en lo que puede llamarse una dirección ‘télica’, y que sintetiza lo objetivo y lo subjetivo” (p. 343).

“consecuencias” de la utilización de un ordenamiento trascendental dado en un contexto determinado (Parsons, 1978: 396). Esto quiere decir que el sojuzgamiento de los problemas últimos con los que el ser humano se ve enfrentado, así como el modo en que estos son simbolizados en cada momento y lugar históricos, y la forma en que se les halla respuesta en cada caso, debe ser un sojuzgamiento crítico. Porque el ordenamiento trascendental, a través de las distintas formas históricas que va adoptando, va generando el “marco” en el cual se despliega la condición humana, o sea que va “habilitando” y “limitando” los modos en que las “vidas humanas”, en tanto humanas, permiten ser vividas. El ordenamiento trascendental, además, “circula”, operando como “medida” en función de la cual se vuelve comparable lo que en principio resulta incomparable -pensemos en la infinitud y caoticidad de los pensamientos, sentimientos y costumbres humanas-. La orientación trascendental de la condición humana va organizando las relaciones entre el pensamiento, el sentimiento y las costumbres de los seres humanos, y en este contexto la crítica de dicha organización es la que permite el despliegue de la vida humana. Es la crítica la que permite la “innovación”, la “creatividad”, la “originalidad”, tanto científica, como religiosa, artística, ideológica, de formas de sociabilidad, de organización política, económica, jurídica, etcétera³⁵. En este sentido, no puede hablarse de las cuestiones trascendentales en tanto “fijas”, en tanto “estáticas”. De lo cual se deduce que el dinamismo propio de la condición humana es producto de la crítica. Además, la trascendentalidad, en tanto orientación humana generalizada, denota que la crítica es también una capacidad universal, al alcance de todos en principio (Parsons, 1978: 403-405).

Existen ciertas formas de “intercambio” entre los distintos ámbitos de la condición humana -recordemos que siempre se trata de relaciones de ida y vuelta-. En cada intercambio intervienen un “factor” de ida, uno de vuelta, y un “producto”. Del total de las relaciones de intercambio asentadas por el autor, nos interesan especialmente las que remiten a los múltiples vínculos entre el mundo télico -por ser aquel en el que toma forma el estándar evaluativo de la crítica- y los otros tres mundos. Entonces,

³⁵ Se ha mostrado una conexión entre esta lectura de la creatividad teórica y una epistemología de tipo “dialéctica” -entre teoría y empiria- (Domingues, 1996). En realidad, esta preocupación aparentemente tardía de Parsons por la cuestión de la creatividad humana viene desde sus escritos tempranos, en donde, como muestra Camic (1991: lvii-lviii; lxiii), se critica al positivismo, incluida su variante conductista, por “sacrificar” precisamente el elemento creativo de la acción humana, crítica que le sirve a su vez para presentar a la sociología como la ciencia que deberá ocuparse del estudio de dicho elemento “voluntarista”, indeterminado, de la acción.

en primer lugar, en cuanto a la relación que se origina en el ámbito télico y se dirige hacia el ámbito físico, el factor son las “categorías del entendimiento”; en cuanto a la relación inversa, el factor son los “datos sensibles”; y el producto general de ambas son las “generalizaciones del conocimiento”. En segundo lugar, en cuanto a la relación que se origina en el ámbito télico y se dirige hacia el ámbito orgánico, el factor son las “categorías del juicio estético”; en cuanto a la relación inversa, el factor son los “patrones orgánicos de motivación humana”; y el producto general de ambas es la “alocación de patrones de recursos motivacionales”. En tercer y último lugar, en cuanto a la relación que se origina en el ámbito télico y se dirige hacia el ámbito de la acción, el factor son los “imperativos categóricos”; en cuanto a la relación inversa, el factor es la “aceptación de obligaciones morales”; y el producto general de ambas son las “definiciones de la responsabilidad humana” (Parsons, 1978: 407, figura 5).

Finalmente, vemos cómo se atan todos estos puntos si volvemos a la afirmación acerca de la centralidad de las tres “críticas” kantianas. En primer lugar, la crítica de la razón pura, en tanto “problema epistemológico” de la función cognitiva, está asociada a la “objetivación física” del mundo humano. En segundo lugar, la crítica del juicio, en tanto “problema estético” de la función catéctica, está asociada a la “afectivización orgánica” del mundo humano. Y en tercer lugar, la crítica de la razón práctica, en tanto “problema ético” de la función evaluativa, está asociada a la “valoración trascendental” del mundo humano. Epistemología, ética y estética son entonces las tres dimensiones clave, y por ello ineludibles, de una mirada crítica acerca de las formas históricas de la producción y circulación de saberes científicos.

Conclusiones: conceptos, metáforas, antinomias y clasificaciones; diagnóstico y propuesta

En este ensayo hemos intentado dar forma a una ética académica anti-utilitarista. Hasta ahora lo hemos hecho detallando sus múltiples recovecos y desplegando sus muchas complejidades. Ahora, a modo de conclusión, lo haremos resumiendo y sistematizando lo recién trabajado. Para ello procederemos en varias etapas. Así, ordenaremos los diversos conceptos, metáforas, antinomias y clasificaciones utilizadas. Además, organizaremos las heterogéneas corrientes de pensamiento en las que nos apoyamos. Y finalmente, conectaremos todo lo anterior con el diagnóstico de la

actualidad que nos rodea y con una propuesta de futuro.

1) En primer lugar, entonces, emergen una serie de conceptos clave para la delimitación de una ética académica anti-utilitarista, toda vez que ella incluye:

1a) otorgar un lugar central a los procesos de teorización, o de abstracción y generalización, con especial atención al cuestionamiento y superación de las propias categorías residuales o puntos ciegos; se trata de una perspectiva impresionista en tanto no opone sino que complementa el uso de múltiples racionalidades, con el recurso a valores e incluso a utopías, de tal modo que objetividad y compromiso van de la mano;

1b) una preocupación por la inmanencia, el aquí y ahora, pero también por la trascendencia, por el futuro; lo cual implica un equilibrio entre las cuestiones de relevancia coyuntural, y la complejidad de los problemas humanos de fondo, o también, la aceptación de que los procesos de producción, circulación y aplicación de conocimiento conllevan tiempo e incertidumbre;

1c) una mirada humanista, es decir, un foco puesto en la condición humana, desde su situación material hasta sus orientaciones últimas de carácter vital; es que el concepto de intelecto, como distinto del mero conocimiento en un sentido técnico y supuestamente neutralista, no elude sino que concientiza y reflexiona sobre su propia idea del bien.

2) En segundo lugar, completan la lista de conceptos clave una serie de metáforas que profundizan lo anterior a la luz de ciertas imágenes fuertes. Así, una ética académica anti-utilitarista puede pensarse:

2a) mediante la figura del búho, que mantiene siempre los ojos bien abiertos, incluso frente a sus propios prejuicios -opuesta a la figura del ñandú que mete la cabeza en la tierra-;

2b) mediante la imagen de la luz -opuesta a la de la oscuridad-, ya que lo que busca es iluminar, sacar de las tinieblas, todo lo que permanece oculto u ocultado: busca

develar, revelar, desnaturalizar, explicar, cuestionar, criticar;

2c) mediante la metáfora de la profundidad -opuesta a la de la superficie-, ya que para iluminar o develar es preciso mirar más allá de las apariencias, de las falsas ideologías, de los sentidos comunes, e indagar en las raíces, los bajos fondos, lo inconciente;

2d) mediante la figura del matrimonio, de la cooperación, del diálogo, del complemento, sea entre el investigador y el investigado, la teoría y la práctica, lo racional y lo afectivo, pero también entre la diversidad de escuelas de pensamiento, de tradiciones disciplinares, de culturas humanas.

3) En tercer lugar, aparecen algunas antinomias conceptuales, o pares antagónicos de conceptos, toda vez que la perspectiva aquí desarrollada confronta con otras. En efecto, una ética académica anti-utilitarista defiende:

3a) el análisis multifactorial en lugar del análisis monocausal;

3b) dar tanta prioridad a la investigación -fundamental o básica- como a la aplicación;

3c) la actividad académica libre, y no su coerción externa heterónoma;

3d) el estudio de los fines de la acción humana, y no sólo de los medios;

3e) la afirmación de juicios de valor o razón moral, y no sólo de juicios de hecho o razón cognitiva;

3f) la puesta en cuestión de las prenociones a partir de la reflexión teórica, o el cuestionamiento del subconciente a partir de su explicitación;

3g) la crítica de todo dogma a partir, valga la redundancia, de la crítica;

3h) hacer primar el parámetro de la sospecha por sobre el de la urgencia;

3i) que la meta de la academia es traspasar fronteras, no acumular capitales;

3j) trabajar por la paz, la democracia y el progresismo, en lugar de por la guerra, el autoritarismo y el conservadurismo.

4) En cuarto lugar, todo lo que hemos apuntado hasta ahora aparece sistematizado, en la perspectiva trabajada, en una serie de clasificaciones fundamentales. Efectivamente, una ética académica anti-utilitarista no es reduccionista sino que en ella se fusionan múltiples elementos:

4a) la ciencia, la filosofía y la teología -según la tipología de teorías-;

4b) lo existencial, lo imaginativo y lo normativo -según la tipología de ideas-

4c) lo cognoscitivo, lo catéctico y lo evaluativo -según la tipología de símbolos-;

4d) lo epistemológico, lo estético y lo ético -según la tipología de problemas-;

4e) lo existencial, lo expresivo, lo evaluativo y lo fundamental -según la tipología de patrones culturales-;

4f) lo físico, lo orgánico, la acción y lo télico -según la tipología de mundos humanos.

5) En quinto lugar, y en consonancia con la propuesta desarrollada de la interdisciplinariedad de los marcos teóricos, nos hemos nutrido, además de la propuesta de Parsons, de toda una serie muy diversa de tradiciones de pensamiento. Concretamente, nos hemos apoyado en:

5a) la filosofía moderna, tomando de Descartes su estudio de la relación sujeto-objeto de tipo cognitiva, y de Kant los conceptos de razón pura y razón práctica, y su estudio de la relación sujeto-objeto de tipo evaluativa con su concepto de juicio;

5b) la filosofía anglosajona de la ciencia, tomando de Carnap y Nagel su estudio de

la existencia de elementos trascendentales en la ciencia, de Fleck y Kuhn el concepto de comunidad científica, de von Schelting y Stark el concepto de variabilidad epistemológica, y de Swedberg su estudio del lugar del azar en el contexto de descubrimiento investigativo³⁶;

5c) la filosofía política alemana, tomando de Schmitt su estudio de la existencia de elementos teológicos en la ciencia, y de Koselleck su estudio de la afinidad entre la crítica científica, la crítica política y la crítica estética, así como su estudio de las temporalidades en las teorías científicas;

5d) la filosofía política posmarxista, tomando de Gramsci las ideas de que todo hombre es un filósofo y de que toda teoría es una praxis, de Hardt y Negri su estudio del vínculo entre la potencia y la política, y de Laclau y Mouffe la propuesta de articulación de perspectivas heterogéneas;

5e) la filosofía del lenguaje y lingüística estructuralistas y postestructuralistas francesas, tomando de Althusser su concepto de crítica de ideologías, de Ricoeur su concepto de hermenéutica de la sospecha, de Foucault su crítica a la noción de autor, y de Derrida su concepto de deconstrucción teórica;

5f) la sociología estadounidense, tomando de Ogburn la idea de que todo avance tecnológico crea nuevos problemas sociales, de Bell la idea de la universidad como nuevo sector estratégico de la sociedad, de Blumer la noción de conceptos sensibilizadores, y de Merton sus estudios de la ciencia y el protestantismo;

5g) la sociología francesa, tomando de Comte el lema saber es poder, de Durkheim su idea de la crítica de prenociones, y de Bourdieu los conceptos de develamiento de la ciencia, urgencias prácticas, subconciente teórico, y formas del capital;

5h) la sociología alemana, tomando de Marx sus conceptos de explotación y alienación, de Simmel su concepto de aventura, y de Weber sus conceptos de vocación científica

³⁶ Hemos analizado la influencia de la epistemología anglosajona en la perspectiva parsoniana en Fraga, 2014. Asimismo, en Fraga, 2018, hemos mostrado cómo dicha perspectiva singular se distanciaba de la rama empirista de esa escuela, ubicándose en cambio como heredera de su tendencia más teorícista.

y política, de relevancia y libertad valorativa, y sus estudios sobre el protestantismo y su tipología de la acción;

5i) la sociología del conocimiento, en la versión de Mannheim, y en la versión contemporánea de la sociología de la sociología o metateoría según Alexander y Ritzer, con sus conceptos de multidimensionalidad y multiparadigmaticidad;

5j) el ensayo social contemporáneo, tomando de Giddens sus estudios del vínculo entre aceleración, adicción y fundamentalismo, y de Han sus estudios del vínculo entre aceleración productiva y estrés;

5k) la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, en sus varias generaciones. Así, de la primera generación, hemos tomado de Adorno el concepto de mínima moralía, de Adorno y Horkheimer su crítica de la racionalidad instrumental y de los medios de comunicación de masas, y de Horkheimer su estudio del elemento trascendente de la ciencia, su concepto de compromiso y su crítica del escepticismo. De la segunda generación, hemos tomado de Habermas sus conceptos de comunicación y cooperación, su tipología de la acción, y sus estudios de la colonización del mundo de la vida por parte de los sistemas económico y político. De la tercera generación, hemos tomado de Honneth su propuesta de una ética mínima y de una discusión normativa sobre la sociedad deseable. Finalmente, de la cuarta y actual generación, hemos tomado de Rosa sus estudios del vínculo entre aceleración y alienación;

5l) la teoría crítica de la Nueva Izquierda, en su versión alemana-estadounidense, tomando de Wright Mills su concepto de imaginación teórica y sus estudios del vínculo entre crítica y protestantismo, de Marcuse sus conceptos de fantasía y utopía en la ciencia y sus estudios de la cosificación como negación del humanismo, y de ambos autores sus críticas a los medios de comunicación de masas;

5m) la teoría social latinoamericana y decolonial, tomando de Germani sus estudios del autoritarismo y la democracia en su relación con el conocimiento, de Segato sus conceptos de relativismo cultural y diferencia radical, y de Sousa Santos y Fraser sus conceptos de diálogo, hibridación y construcción intercultural;

5n) el psicoanálisis, tomando de Freud su estudio de la relación sujeto-objeto de tipo catéctica.

6) En sexto lugar, a partir de la combinación de todas estas fuentes, emerge un diagnóstico sobre la situación actual del campo académico-intelectual, en su relación con la sociedad más amplia, que converge con aquel planteado en la introducción de este ensayo de manera preliminar. Así, con las herramientas desplegadas a lo largo de estas páginas, sostenemos que:

6a) dentro del campo académico-intelectual, existen unas formas de trabajo preocupantes e insuficientemente críticas, que consideran, al modo empirista, que los hechos hablan como si fueran personas, y que es posible producir conocimiento sin reflexionar teóricamente, lo cual constituye un (auto)engaño, y así también, que consideran, al modo positivista, que el pensamiento se construye y se transmite en términos de autorías y tradiciones repetidas, en lugar de en forma colectiva y abierta;

6b) en la sociedad más amplia, existe una hegemonía de la cosmovisión centrada en la producción de tecnologías nocivas, atadas fuertemente a la lógica del capital, muchas veces también con el aval de los estados, especialmente en lo referente a emprendimientos violentos, en general hacia otras culturas pero a veces incluso hacia la otredad interna, todo lo cual conduce a generar subjetividades humanas explotadas y alienadas;

6c) de la interrelación entre las situaciones en ambas esferas, toma forma una realidad que, por un lado, asienta y reconfirma a la época actual como una de revolución educativa, con el potencial que abre para la centralidad de los procesos de creación y mediación de saberes, pero que, por otro, y subsumiendo a lo anterior, deriva en una explotación y alienación de la cultura misma y sus productos, imponiendo demandas a la ciencia en particular de ser -meramente- productiva, aplicable, rentable, estratégica, útil.

7) Finalmente, del anterior diagnóstico se desprende una propuesta³⁷. Para concluir,

³⁷ Por supuesto, no creemos que la adopción de una ética académica anti-utilitarista sea suficiente para lograr una solución frente a la situación de crisis, dado su importante elemento material (por ejemplo,

entonces, nuestra propuesta de delinear y fortalecer una ética académica anti-utilitarista implica:

7a) en lo que hace específicamente al rol científico, manejarse por medio de los parámetros de la pluralidad y la integración teórica y disciplinar; por medio de la ética de la honestidad y la humildad; abogar por la ampliación de la auto-regulación profesional; y siguiendo el dictado de ser buen profesor para poder ser buen intelectual;

7b) y en lo que hace al vínculo entre el rol científico, la sociedad en general y su devenir histórico, considerar a la actividad intelectual como una oportunidad para promover la innovación, la originalidad y la creatividad, puesto que la misión del rol científico es tanto la comprensión como la construcción del mundo. Pero dado que la innovación, la originalidad y la creatividad pueden ser rápidamente cooptables por el neoliberalismo y la sociedad de consumo, es preciso reasumir la noción de liderazgo en un sentido moral, para que la promoción de la singularidad y el cambio histórico, o también, para que la transformación de nuestros contextos mediante nuestros textos, se enfoque en la búsqueda del bienestar social, es decir, que adopte una postura crítica con miras a la sociedad que potencialmente podríamos llegar a ser.

Bibliografía

- Adorno, T. W. (1998) [1951]. *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Alfaguara.
- Adriaansens, H. P. M. (1980). *Talcott Parsons and the conceptual dilemma*. Londres: Routledge.
- Agulla, J. C. (1962). *Estructura y función. Posibilidades y limitaciones del enfoque estructural-funcionalista en sociología*. México D.F.: Universidad Nacional de México.
- Alexander, J. C. (1984). *Theoretical logic in sociology IV. The modern reconstruction of classical thought: Talcott Parsons*. Londres: Routledge.
- Almaraz Pestana, J. (1981). *La teoría sociológica de Talcott Parsons. La problemática*

financiero), pero también su elemento simbólico (por ejemplo, de legitimidad). Lo que sí creemos es que ésta ética académica puede constituir un primer paso para resistir las acusaciones (por ejemplo, de inutilidad), para aparecer como modelo alternativo (por ejemplo, al hiperproductivismo), y para reclamar lo que necesitamos (por ejemplo, reorientando las prioridades culturales).

de la constitución metodológica del objeto. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Almaraz Pestana, J. (2012). "Talcott Parsons: conocimiento y acción en 'La estructura de la acción social'". En: Tejeiro Sarmiento, C. (comp.). Talcott Parsons, ¿el último clásico?. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Althusser, L. (1967). La revolución teórica de Marx. México D. F.: Siglo XXI.
- Andersen, H. (1990). "Morality in three social theories: Parsons, Analytical Marxism and Habermas". En: Acta Sociologica, 33 (4): 321-339.
- Aronson, P. P. (2003). "La emergencia de la ciencia transdisciplinar". En: Cinta de Moebio, 18: 0-12.
- Beigel, F. (2013a). "Centros y periferias en la circulación internacional del conocimiento". En: Nueva Sociedad, 245.
- Beigel, F. (2013b). "David y Goliath. El sistema académico mundial y las perspectivas del conocimiento producido en la periferia". En: Prohistoria, 15: 15-34.
- Bell, D. (2006) [1973]. El advenimiento de la sociedad postindustrial. Madrid: Alianza.
- Bershady, H. J. (1991). "Practice against theory in American sociology: an exercise in the sociology of knowledge". En: Robertson, R. y Turner, B. S. (eds.). Talcott Parsons theorist of modernity. Londres: Sage.
- Blumenberg, H. (1998). Conceptos en historias. Madrid: Síntesis.
- Blumer, H. (1986). Symbolic interactionism. Perspective and method. Los Ángeles: University of California.
- Bortolini, M. (2007). "Analytical sociology and its discontents". En: European Journal of Social Theory, 10: 153-172.
- Bourdieu, P. (2000). Poder, derecho y clases sociales. Madrid: Desclée de Browler.
- Bourdieu, P. (2006). La distinción. Estudio sobre las bases sociales del gusto. Buenos Aires: Taurus.
- Bourdieu, P. (2013). El oficio de sociólogo. Madrid: Siglo XXI.
- Camic, C. (1991). "Introduction: Talcott Parsons before The structure of social action". En: Parsons, T. The early essays. Chicago: University of Chicago Press.
- Carnap, R. (1966) [1926]. Philosophical foundations of physics. Nueva York Basic Books.
- Cisneros Sosa, A. (2010). "Ciencia y crítica política en la obra de Parsons: el caso del mccarthysmo". En: Nebbia Diesing, A. F. (comp.). Parsons hoy. México D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana.

- Derrida, J. (2004) [1992], “Entrevista inédita con Le Monde del 30 de junio de 1992”, Le Monde, 12 de octubre de 2004.
- Descartes, R. (2010) [1637]. Discurso del método. Madrid: Espasa-Calpe.
- Domingues, J. M. (1996). “Sociology and the logic of theoretical research”. En: *Sociology*, 30: 763-783.
- Domingues, J. M. (2001). A sociologia de Talcott Parsons. Río de Janeiro: Universidade Federal Fluminense.
- Domingues, J. M. (2008). “Talcott Parsons: conflictividad, normatividad y cambio social”. En: *Conflicto Social*, 1: 132-155.
- Drucker, P. (1969). *The age of discontinuity: Guidelines to our changing society*. New York: Harper & Row.
- Durkheim, E. (2001) [1895]. *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Akal.
- Fleck, L. (1986). *Génesis y desarrollo de un hecho científico*. Madrid: Alianza.
- Foucault, M. (1998). “Qué es un autor?”. En: *Revista Litoral*, 9: 35-59.
- Fraga, E. (2014). “Los fundamentos epistemológicos del proyecto teórico de Talcott Parsons”. En: *Actas de las VIII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Fraga, E. (2016). “Las ciencias sociales y Latinoamérica, entre el diagnóstico de la crisis y la necesidad de la crítica”. En: *Revista de la Red de Intercatedras de Historia de América Latina y el Caribe*, 2 (4): 105-121.
- Fraga, E. (2017). “Desigualdad en el campo académico-intelectual. División internacional del trabajo entre producción y consumo de teorías”. En: *Revista de Prácticas y Discursos*, 6 (8): 61-78.
- Fraga, E. (2018). “La disputa epistemológica contra el empirismo y la propuesta de la teorización sistemática”. En: *Revista Cinta de Moebio*, 61: 28-40.
- Fraser, N. (1997). *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde una posición postsocialista*. Colombia: Siglo del Hombre.
- Freud, S. (1977) [1923]. *El yo y el ello*. Madrid: Alianza.
- Gerhardt, U. (1993). *Talcott Parsons on National Socialism*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Gerhardt, U. (2002). *Talcott Parsons. An intellectual biography*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gerhardt, U. (2005). “The Weberian Talcott Parsons: sociological theory in three decades of American history”. En: Fox, R. C., Lidz, V. M. y Bershady, H. (comps.).

- After Parsons. A theory of social action for the twenty-first century. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Germani, G. (1979). Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna. Buenos Aires: Crítica & Utopía.
- Giddens, A. (1994). Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea. Barcelona: Península.
- Gouldner, A. W. (1973). La crisis de la sociología occidental. Buenos Aires Amorrortu.
- Gramsci, A. (1984) [1949]. Los intelectuales y la organización de la cultura. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Habermas, J. (2010) [1981]. Teoría de la acción comunicativa I y II. Madrid: Trotta.
- Han, B. C. (2010). La sociedad del cansancio. Barcelona: Herder.
- Hardt, M. y Negri, A. (2005). Multitud. Barcelona: Debolsillo.
- Honneth, A. (2007). Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento. Buenos Aires: Katz.
- Horkheimer, M. (1973) [1946]. Crítica de la razón instrumental. Buenos Aires: Sur.
- Horkheimer, M. (1974) [1932-1941]. Teoría crítica. Buenos Aires: Amorrortu.
- Horkheimer, M. (1995) [1930-1938]. Historia, metafísica y escepticismo. Barcelona: Altaya.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. (2001) [1949]. Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos. Madrid: Trotta.
- Jaspers, K. T. (1968) [1938]. Filosofía de la existencia. Madrid: Aguilar.
- Joas, H. y Knöbl, W. (2009). Social theory. Twenty introductory lectures. Londres: Cambridge University Press.
- Kant, I. (1961) [1788]. Crítica de la razón práctica. Buenos Aires: Losada.
- Kant, I. (2004) [1781]. Crítica de la razón pura. Madrid: Tecnos.
- Kant, I. (2007) [1790]. Crítica del juicio. Madrid: Tecnos.
- Koselleck, R. (1993). Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos. Barcelona: Paidós.
- Koselleck, R. (2007). Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués. Madrid: Trotta.
- Kuhn, T. (1971) [1962]. La estructura de las revoluciones científicas. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

- Laclau, E. y Mouffe, C. (2006). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mannheim, K. (1970) [1929]. *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Marcuse, H. (1967) [1934-1938]. *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Sur.
- Marcuse, H. (1968) [1967]. *El fin de la utopía*. México D. F.: Siglo XXI.
- Marcuse, H. (1971) [1965]. *Humanismo socialista*. Buenos Aires: Paidós.
- Marcuse, H. (1985a) [1964]. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Marcuse, H. (1985b) [1955]. *Eros y civilización. Un estudio filosófico de Freud*. Madrid: Sarpe, Madri.
- Marshall, A. (1925). *Memorials of Alfred Marshall*. Londres: Macmillan.
- Marx, K. (2006) [1844]. *Manuscritos económico-filosóficos*. Buenos Aires: Colihue.
- Merton, R. (1936). "Puritanism, pietism and science". En: *Sociological Review*, 28 (1): 1-30.
- Münch, R. (1981). "Talcott Parsons and the theory of action. The structure of the Kantian core". *American Journal of Sociology*, 86 (4): 709-739.
- Nagel, E. (1961). *The structure of science: Problems in the logic of scientific explanation*. Nueva York: Harcourt, Brace & World.
- Ogburn, W. F. (1952). "Social effects of technology in industrialized societies". En: *International Social Science Bulletin*, 4 (2): 269-279.
- Parsons, T. (1938). "The role of theory in social research". En: *American Sociological Review*, 3 (1): 13-20.
- Parsons, T. (1946). "Science legislation and the role of the social sciences". En: *American Sociological Review*, 11 (6): 653-666.
- Parsons, T. (1947a). "Some aspects of the relation between social science and ethics". En: *Social Science*, 22 (3): 213-217.
- Parsons, T. (1947b). "Introduction". En: Weber, M. *The theory of social and economic organization*. Nueva York: Free Press.
- Parsons, T. (1964) [1951]. *The social system*. Nueva York: Free Press.
- Parsons, T. (1965a) [1949]. *Essays in sociological theory*. Nueva York: Free Press.
- Parsons, T. (1965b). "Unity and diversity in the modern intellectual disciplines: the role of the social sciences". En: *Daedalus*, 94 (1): 39-65.

- Parsons, T. (1966). *Societies. Evolutionary and comparative perspectives*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Parsons, T. (1967). *Sociological theory and modern society*. Nueva York: Free Press.
- Parsons, T. (1968a) [1937]. *The structure of social action*. Nueva York: Free Press.
- Parsons, T. (1968b). "On the concept of values commitment". En: *Sociological Inquiry*, 38: 135-160.
- Parsons, T. (1969a). *La sociología norteamericana contemporánea*. Buenos Aires: Paidós.
- Parsons, T. (1969b). "The languages of the humanistic studies". En: *Daedalus Dialogues*, 98 (4): 992-999.
- Parsons, T. (1969c). "Research with human subjects and the professional complex". En: *Daedalus*, 98 (2): 325-360.
- Parsons, T. (1971a) [1965]. "Evaluación y objetividad en las ciencias sociales. Una interpretación de los trabajos de Max Weber". En: Parsons, T. et. al. *Presencia de Max Weber*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Parsons, T. (1971b). "The strange case of academic organization". En: *The Journal of Higher Education*, 42 (6): 486-495.
- Parsons, T. (1971c). *The system of modern societies*. Nueva York: Prentice-Hall.
- Parsons, T. (1975). *Los sistemas sociales y la evolución de la teoría de la acción*. Nueva York: Free Press.
- Parsons, T. (1978). *Action theory and the human condition*. Nueva York: Free Press.
- Parsons, T. (1979). "Jaspers, Karl". En: *International encyclopedia of the social sciences* vol. 18. Nueva York: Free Press.
- Parsons, T. (1991) [1935]. *The early essays*. Chicago: University of Chicago Press.
- Parsons, T. (1998). "Simmel and the methodological problems of formal sociology". En: *The American Sociologist*, 29 (2): 31-50.
- Parsons, T. (2009) [1970]. *Autobiografía intelectual: elaboración de una teoría del sistema social*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Parsons, T. y Platt, G. (1973). *The American university*. Cambridge: Harvard University Press.
- Parsons, T. y Riley, J. W. (s/f) [1950]. *Social science, a national resource*. Harvard: Archivo de la Universidad de Harvard.
- Parsons, T. y Shils, E. A. (1968) [1951]. *Hacia una teoría general de la acción*. Buenos Aires: Kapelusz.

- Ricoeur, P. (1996). *Sí-mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- Ritzer, G. (1990). "Metatheorizing in sociology". *Sociological Forum*, 5 (1): 3-15.
- Robertson, R. (1991). "The central significance of 'religion' in social theory: Parsons as an epical theorist". En: Robertson, R. y Turner, B. S. (eds.). *Talcott Parsons theorist of modernity*. Londres: Sage.
- Robertson, R. y Turner, B. S. (1991). "Introduction". En: *Talcott Parsons theorist of modernity*. Londres: Sage.
- Rosa, H. (2013). *Social acceleration. A new theory of modernity*. Nueva York: Columbia University Press.
- Schmitt, C. (1986) [1922]. *Political theology*. Massachusetts: MIT Press.
- Schütz, A. (1993) [1932]. *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós.
- Segato, R. L. (2007). *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Simmel, G. (1988). *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Edicions 62.
- Sousa Santos, B. (2003). *Reconocer para liberar. Los caminos del cosmopolitismo multicultural*. Río de Janeiro: Civilizacao Brasileira.
- Spinoza, B. (2011). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Alianza.
- Stark, W. (1991) [1958]. *The sociology of knowledge. Toward a deeper understanding of the history of ideas*. Nueva Jersey: Transaction.
- Swedberg, R. (2011). "Theorizing in sociology and the social sciences. Turning to the context of discovery". *Theory & Society*, 41: 1-40.
- Tiryakian, E. A. (2005). "Parsons and the human condition". En: Fox, R. C., Lidz, V. M. y Bershady, H. (comps.). *After Parsons. A theory of social action for the twenty-first century*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Von Schelting, A. (1936). "Review of Mannheim's *Ideologie und utopie*". En: *American Sociological Review*, 1 (4): 664-674.
- Weber, M. (1990) [1922]. *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Weber, M. (1998) [1921]. *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- Weber, M. (2002) [1925]. *Economía y sociedad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (2012) [1920]. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza.

Wright Mills, C. (1961) [1959]. La imaginación sociológica, México D. F.:

Fondo de Cultura Económica.

Wright Mills, C. (1963) [1939-1960]. Power, politics and people. The collected essays.
Nueva York: Ballantine.

Wright Mills, C. (1968) [1941]. Sociología y pragmatismo. Buenos Aires: Siglo Veinte.